

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Carlos Silva Vildósola: *Los griegos y el concepto de belleza* □ Marta Brunet: *María Rosa, flor del Quillen* □ Máximo Gorky: *Los caminos de mi vida* □ Estéban Rivadeneira: *Presupuestos falsos y cuentas pendientes* □ Hombres, ideas y libros: Raúl Silva Castro: *Crítica de libros chilenos* □ Maximiliano Gajardo L.: *Don Ruperto A. Bahamonde, ex Rector de la Universidad de Chile* □ Olegario Lazo Baeza: *«Hombres del Sur»* □ A. Torres Rioseco: *«Poetas de Hispano-América»*, por E. Solar Correa □ NOTICIARIO □ GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

MP 2018
Precio: \$ 3.00 ~ Abril 30 de 1927

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

ABRIL 30 DE 1927

NÚM. 2

Obsequio de la Biblioteca Central de la Universidad de Concepción

Carlos Silva Vildósola

Los griegos y el concepto de belleza

Conferencia dictada en el centro de letras (Biblioteca Nacional) el 28 de Abril último.

ENTRE el cuarto y el tercer siglo antes de Jesucristo la Grecia había producido las más perfectas obras del arte hasta entonces conocidas por la humanidad y acaso las más bellas que jamás verán los hombres.

Sobre el suelo de la pequeña península, en la playa de oro del mar Egeo, bañada por las aguas azules de donde un día nació Afrodita, vivía un pueblo que antes que cualquiera otro de la Europa debía llegar a la más alta civilización. La Providencia parecía destinarlo a crear prototipos de perfección, que serían modelos eternos y habrían de alumbrar con su gracia y la serena luz de su belleza externa e interna, de formas y de ideal, el camino de las generaciones venideras.

En aquella cima de la cultura, el pueblo griego desarrolla un sentido prodigioso de la belleza. Sus artistas ejecutan asombrosas imitaciones de la naturaleza que el pueblo comprende y re-

compensa. Sus filósofos tienen auditorio en las plazas y en los pórticos para oírlos disputar. Sus poetas celebran las proezas de los héroes y cantan al amor ante multitudes que siguen no sólo la armonía de sus versos, sino también el ritmo interior de su inspiración.

Un pueblo así dispuesto parece que debiera crear la ciencia de la Estética. Nadie más penetrado del sentido de la belleza; ninguno más dado a la contemplación de cuanto los sentidos de la vista o del oído pueden ofrecernos como fuente de placer puro; jamás hubo artistas que como los griegos buscaran la creación de la belleza por el desinteresado placer de hacer lo bello con refinamiento exquisito, por encima de todas las consideraciones de utilidad u otra relación con la vida práctica; ni hubo tampoco arte alguno que desde su nacimiento en edades remotas supiera entender mejor la serenidad que debe presidir el misterioso connubio entre los sentidos que nos ofrecen el objeto bello y la inteligencia que se goza en su contemplación.

No ha esperado el arte griego sus siglos de esplendor para realizar estos ideales estéticos. En edad remota, Homero y sus rapsodas han cantado la cólera de Aquiles, la belleza de Helena y las aventuras del divino Ulises y fijado las normas imperecederas de la belleza artística.

La sexta rapsodia de la Odisea contiene en un ejemplo de portentosa hermosura todo el concepto primitivo de los artistas helénicos sobre la belleza, su contemplación y el poder aquietador de este culto de lo bello sobre las pasiones y dolores humanos.

El héroe náufrago, arrojado por las tempestades en tierra desconocida, se ha dormido bajo las frondas, junto al río, rendido de fatiga. De pronto lo despiertan gritos y risas. ¿Qué hombres habitan esta tierra? se pregunta, ¿Serán violentos, salvajes e injustos? ¿Serán hospitalarios y temerosos de los dioses?... Oye voces de mujer y piensa si serán las ninfas que viven en las cumbres de las montañas, en los manantiales de los ríos y en las marismas herbosas.

Sale entonces de entre los arbustos, aparta las ramas, mira

y avanza hacia el río. Es la princesa Nausicaa, hija del rey Alcino, la más bella entre las mujeres, la de los brazos de nieve, que aconsejada en sueños por la diosa Atenea, ha ido hasta el río con sus doncellas para lavar en las aguas purísimas, lejos de la ciudad, sus vestiduras niveas, sus peplos, sus ceñidores y sus mantos. Al ver a Ulises, cubierto todavía con el légamo, desgredado y sucio, las doncellas huyen despavoridas. Sólo la hija de Alcino lo aguarda, sin ofenderse de la desnudez del héroe, ni de su aparente fealdad. Y él, deteniéndose como paralizado por la contemplación de tanta hermosura, sin poder avanzar ni retroceder, en el éxtasis que suprime de un golpe sus dolores, sus infortunios, su hambre y sed, le habla en estas palabras que acaso son el más sublime de los himnos que el hombre ha entonado a la belleza creada:

«Oh reina, ya seas diosa o mortal, yo te imploro. Si eres diosa de las que habitan el anchuroso firmamento, te asemejas a Artemisa, hija de Zeus Omnipotente, por tu hermosura, tu gracia y tus formas; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, tres veces dichosos sean tus padres, tu santa madre y tus hermanos. Sin duda sus almas rebosan de alegría cuando te ven salir al corro de la danza. Pero más venturoso que todos quien colmándote de presentes nupciales te lleve como esposa a su morada. Que nunca se ofreció a mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer, y me he quedado atónito al contemplarte. Una vez sólo vi algo que se te pudiera comparar y fué un tierno retoño de palmera que creció en Delos junto al ara de Apolo, allí donde fui con mis huéspedes en viaje que había de acarrearne tantos dolores; y cuando lo ví, quedé por largo tiempo admirado de que pudiera nacer de la tierra un árbol tan hermoso. Del mismo modo te contemplo ahora, oh mujer, y me tienes absorto y siento miedo de echarme a tus pies aunque estoy abrumado de grandes pesares».

Este maravilloso fragmento encierra todos los gérmenes, puede decirse, de una estética admirable, y seguramente de todo lo que los filósofos posteriores dirían sobre el concepto de belleza. La contemplación de una criatura de indescriptible hermosura

suscita en el alma del héroe desgraciado un placer tan vivo, tan intenso, tan puro, que no quiere apartar su vista del objeto bello y se queda atónito. Es un placer nobilísimo, armonía de los sentidos con el entendimiento, sin mezcla alguna de pasión o apetito. Lo compara él mismo con el que le produjo la contemplación de un árbol singularmente bello. Y esta contemplación calma sus dolores, aquieta su ansiedad, rinde su voluntad. Es la *sofrosine* o poder aquietador que había de ser uno de los caracteres esenciales del arte helénico.

No de otra manera debían sentir la emoción de contemplar lo bello los ancianos de Troya que, después de la guerra, curando sus heridas, lamentándose de las fatigas de tan largo batallar, ven pasar a Helena y se sienten consolados y dan por bien empleadas las angustias y las penalidades porque la guerra les permitió que viviera en la ciudad aquella mujer cuya belleza es comparable con la de los dioses.

Así creaban los rapsodas, no en filosóficas disertaciones, sino en la realización de obras de arte nacidas como un florecimiento espléndido en la primavera del pueblo más feliz de la tierra, el ideal de belleza y el ejemplo más perfecto de creación artística.

Pero esta pura idealidad estética no podía conservarse en su íntegra y primitiva nobleza y desinterés. Con la conciencia aguda de las propias sensaciones que desarrolla el hombre en la civilización, viene la reflexión y nacen los preceptos, las leyes literarias, las combinaciones estudiadas del lenguaje, el análisis de las ideas. El sentido crítico, que sigue de ordinario a la producción de obras maestras, llega a ser como un enemigo del poder creador espontáneo y más cerca de la naturaleza.

Sócrates busca en sus diálogos con los artistas el secreto de la belleza en el arte. Sus preguntas al pintor Parrasio, tal como nos las ha transmitido Xenofonte en sus Recuerdos Socráticos, fidelísimo trasunto del método y de las ideas del filósofo, analizan las sensaciones del artista.

Sócrates quiere saber de Parrasio si es cierto que al crear un cuerpo bello, como no es posible encontrar un hombre perfecto, escoje de cada uno lo que más bello le parece y forma así una

obra admirable. Parrasio confiesa que así procede en sus creaciones.

Entonces el filósofo pregunta si de la misma manera imita el artista un alma bondadosa, dulce y digna de amor. Parrasio se asombra de que se considere posible imitar de la naturaleza el alma que no tiene proporciones, ni colores, ni es visible para sus sentidos. Pero Sócrates le observa que los ojos de los hombres reflejan la bondad o la maldad, el amor o la hostilidad, y que, pudiendo el pintor trasladar al lienzo la expresión que en los ojos aparece, no hay duda que también los afectos del alma pueden ser campo de expresión artística.

En otro diálogo con el escultor Criton quiere saber Sócrates cómo da vida a sus bellos atletas, a sus ágiles corredores y poderosos pugilistas. Criton se calla, más creador que crítico, inconsciente del proceso que han seguido sus facultades sensibles e intelectuales hasta llegar a la realización de la obra de arte. Pero Sócrates profundiza su análisis: el artista imita las formas bellas que ha visto en los hombres y como son formas vivas, animadas, lo mismo puede imitar cuanto esos cuerpos expresan con sus gestos y movimientos, o sea que la escultura también puede expresar los afectos del alma y hacer de este modo que sus estatuas parezcan seres vivos.

Como observa Menéndez y Pelayo en su agudo examen de estos diálogos, Sócrates proclama aquí por vez primera el valor de la expresión moral en el arte. Pero ya su pensamiento analítico lo aleja del ideal homérico. Ya Ulises no contempla a Nausicaa en la pura emoción estética. Sócrates está dominado por un concepto de utilidad que viola la tradición primitiva del arte y la deforma.

En el diálogo con Aristipo discurre Sócrates sobre el concepto de belleza. Son bellas cosas que no tienen semejanza alguna entre sí, porque es bello todo lo que es adecuado a su fin. Y llega así hasta probar Aristipo que una cosa puede ser bella y fea al mismo tiempo, confundiendo en uno solo el concepto de lo bueno y lo bello. Una cosa, dice, puede ser buena y mala, lo que es bueno para el hambre, es malo para la fiebre, lo que es

bello en la carrera es feo en la palestra, porque todo es bueno y hermoso en cuanto sirve su fin y es malo y feo y torpe en cuanto no lo sirve.

Es la idea de la utilidad que viene a perturbar la primitiva concepción de lo bello, proclamando como bello todo lo que es útil para el objeto a que ha sido destinado.

La doctrina estética de Sócrates puede resumirse diciendo que un objeto es bello porque sirve a un fin racional, sea la seguridad del hombre o su agrado. Lo bueno y lo bello se confunden y ambos se resuelven en lo útil. Entendemos nosotros que Sócrates da poca importancia al deleite que causa la contemplación de lo bello con tal de que procure alguna utilidad en los fines más necesarios para la vida. Tampoco distingue Sócrates la existencia de una belleza absoluta, fuera de la inteligencia que la percibe. Y en esto su gran discípulo y sucesor, Platón, abrirá nuevos horizontes a la especulación.

A pesar de la aparente sencillez de su método y el profundo desinterés de sus investigaciones, Sócrates no se ha librado por completo de la afectación, el rebuscamiento y la complicación que habían introducido en la filosofía y en todas las especulaciones mentales los retóricos y los sofistas.

No olvidemos que Atenas era entonces el centro de la vida intelectual del mundo civilizado de Occidente. Allí acudían pensadores y escritores de todas las razas, especialmente de la Hélade. La juventud ateniense tomaba el gusto, casi diríamos hoy el deporte de la filosofía. Aristófanes, espíritu conservador, se lamentaba con los viejos atenienses de que estos jóvenes sabían mucho, pero sus padres obraban mejor porque escuchaban a sus mayores y se guiaban por las costumbres tradicionales.

El vocerío de las doctrinas contradictorias y luego el hábito, digamos el vicio, de la discusión, de la demostración, de la dialéctica, debían producir un blando y amable escepticismo en que ya no se sabía exactamente qué era la verdad y se había llegado a creer en la relatividad de todos los conceptos.

Sin duda, las enseñanzas de Sócrates son una reacción contra la retórica y el sofisma. Él ha establecido principios como

deducción de sus diálogos. Pero si Sócrates no tuviera el enorme sitio que con justicia ocupa en la historia del pensamiento, la humanidad tendría que reconocerlo como uno de sus más grandes servidores sólo por haber contado entre sus discípulos a Platón y por haber abierto con sus enseñanzas el camino de este maravilloso genio.

No se llega sin temor a hablar de Platón, aunque sólo sea para esbozar una tímida síntesis de sus doctrinas. La sublimidad de sus ideas, la grandeza de su sistema filosófico, la influencia que ha tenido en la civilización europea, nos hacen temer que seremos impotentes para impedir que todo este mundo moral e intelectual empequeñezca en nuestras manos y los oyentes no reciban una impresión proporcionada a la que nosotros interiormente sentimos.

Platón ha escrito su filosofía en diálogos que tienen a un tiempo aspecto intelectual y místico. Pero ambos aspectos están dominados y penetrados por motivos éticos, morales. Obedeciendo al impulso dado al pensamiento por Sócrates, su genio especulativo ha armonizado las variadas concepciones de su tiempo, las ha sacado de su aislamiento dogmático, les ha dado correlación y vida y las ha ligado con la vida y la experiencia de la humanidad.

Pero Platón tiene al mismo tiempo una imaginación poética la más delicada y un sentido de la elegancia y del gusto, de suerte que rodea sus pensamientos y especulaciones abstractas de una especie de aureola de mitología que las hace fascinadoras, aunque también menos fáciles para el entendimiento puramente prosaico y apegado a la tierra.

Platón ha cruzado con su poderosa mente los espacios y el tiempo. Cuando aún no amanecía Cristo, ha subido en la noche serena y la divinidad le ha permitido entrever la verdad. Se ha paseado entre las estrellas, más cerca de Dios que ningún otro hombre de la antigüedad pagana, más espiritualizado que otro cualquiera, y ha escuchado en el silencio profundo de su alma contemplativa las armonías prodigiosas del mundo moral.

ha percibido sus leyes y descubierto sus principios fundamentales.

El alma humana, su inmortalidad, sus leyes de amor, su voluntad tendida sin cesar hacia el bien, su inteligencia buscadora de la verdad, su ensueño inmortal de belleza pura, han sido revelados a este pensador ateniense cuya larga vida llena casi todo el cuarto de siglo antes de Jesucristo.

No nos corresponde aquí explicar el sistema filosófico de Platón ni nos atreveríamos a tamaña empresa. Este sistema no está formulado en ninguno de sus diálogos, sino esparcido en todos ellos, algunos de los cuales tampoco guardan una perfecta consistencia con los anteriores. Los últimos muestran mayor tendencia a sistematizar. Y, en realidad, la obra filosófica fundamental de Platón se cristaliza más tarde en Aristóteles.

Pero en medio de la diversidad maravillosa de sus ideas, de sus asuntos y de la manera como los trata, se puede decir que toda la filosofía de Platón está penetrada de dos motivos que parecen ser los que mueven su alma en la magnífica ascensión hacia lo infinito: una verdadera pasión por hacer a los hombres mejores y una fe profunda, inalterable, en el poder y la supremacía de la inteligencia humana. Digamos en otras palabras: las dos fuerzas con que Platón nos arrastra en el vuelo de su pensamiento son el amor a la verdad y el celo por el bien de la especie humana.

El primero de los diálogos en que hallamos una doctrina sobre el arte y la belleza es el *Ion*, nombre de un joven poeta, un rapsoda a quien Sócrates ha encontrado cuando vuelve triunfador de los juegos y quiere convencer de que los artistas proceden en una especie de inconsciencia, dominados por una fuerza divina que los arrastra como el imán a los anillos de hierro.

Establece aquí Platón una cadena que comienza en la fuerza divina inspiradora, en la cual se halla como medio el artista, y que termina, como en su último anillo, en el espectador. Es teoría curiosa y simpática que liga estrechamente al espectador con la obra de arte, haciéndolo entrar en el proceso artístico.

En el *Gorgias*, Platón avanza hacia una concepción moral

sumamente elevada. Distingue el fin y el medio de la acción humana; proclama por boca de Sócrates la identidad entre lo bello y lo bueno, entre lo feo y lo malo. Subiendo aún más alto, deja bien establecido que no se debe confundir el bien con el deleite, porque el último es relativo, está unido al dolor que causa su privación, mientras que el bien es absoluto por su esencia. No se debe buscar, pues, el bien por el deleite sino el deleite por el bien.

Condenando la retórica como arte adulatora del deleite, Platón expone una sublime doctrina sobre el arte en general. El orador debe procurar que sus oyentes se llenen de una virtud de templanza y amor al orden y armonía; el arte es orden y es ornato; el ornato del arte es la templanza y es la *sofrosine* o poder de acallar las pasiones. Sólo el hombre que vive en la templanza será amado de sus semejantes y de los dioses y podrá vivir en sociedad. Y de aquí sube en vuelo que nosotros difícilmente podríamos seguir hasta el valor de la armonía geométrica entre los hombres y los dioses.

El pensamiento fundamental es que la belleza es una idea, no sólo en el mundo lógico, sino también en el mundo real y existe con existencia propia, fuera e independiente de los objetos bellos.

Las cosas participan de la belleza por reminiscencia de la Idea que hemos contemplado en otras vidas, sin las trabas y limitaciones de la presente. Y si amamos la belleza y queremos realizarla en esta vida nuestra, es porque tenemos dentro del alma un rastro, una vislumbre de la otra, de la eterna, la que no puede mudar, la absoluta.

Dominando nuestras pasiones podemos llegar hasta percibir en la naturaleza, más adentro de la superficie de los seres, la belleza ideal que es vestigio de la perfección divina y así, subiendo en esta contemplación, el hombre puede llegar al éxtasis en que se asemeja a los dioses.

El arte es una filosofía de amor y su objeto debe ser restablecer en el alma humana la *sofrosine*, la serenidad, el aquietamiento de las pasiones, la armonía. Todo lo que perturbe esa

armonía, todo lo malo, lo feo, lo odioso y ridículo, debe ser proscrito del mundo del arte, y Platón lo proscribió aun de su República ideal.

Pero el arte no es más que la imitación de la idea, no de la absoluta y suprema, sino de las apariencias que quedaron como vestigios en las cosas, como reflejo de la belleza absoluta.

Si es estupenda la sublimidad del Fedon, el diálogo en que Platón nos pinta a Sócrates discurrendo en sus últimas horas sobre la preexistencia del alma y su inmortalidad, no hay duda que se le puede comparar en sublimidad el Simposium o Convite donde mejor que en ningún otro ha dejado a la humanidad la preciosa herencia de su doctrina sobre lo bello. Aunque ella está esparcida en diversos otros diálogos, y aún cuando ya hemos señalado los principios fundamentales que la contienen, es conveniente resumir este diálogo, acaso uno de los fragmentos más admirables en que sea posible divisar en obra humana la inteligencia divina. Y este resumen servirá tal vez para que mis oyentes, adivinando tras de la impotencia de mis palabras algo de lo sublime del original, se sientan tentados a leerlo.

En el Simposium los amigos se han reunido con Sócrates para celebrar el triunfo de Agathon en el concurso de tragedia, pero no están dispuestos a beber o entregarse a placeres materiales. Ruegan a la tocadora de flauta que se retire y ellos discurren sobre el Amor.

Habla Fedro del amor inspirador de nobles acciones y recuerda cómo Aquiles y Alcestes murieron por amor. Pausanias hace una distinción retórica entre el amor terreno y el divino.

El físico Eryximachus acepta la distinción, pero observa que toda la naturaleza está como penetrada de amor y que el arte consiste en seguir el más alto amor en esfera distinta de la actividad artística. Antes ya Empédocles había hablado del Amor como fuente de armonía y capaz de desvanecer toda discordia o disonancia. Y Heráclito decía que los opuestos o contradictorios no pueden existir. Aristófanes, en un mito cómico, describe el amor como una criatura imperfecta que anhela su perfección, que busca ser completada. El hombre era primitiva-

mente doble en su esencia, pero para castigar su impiedad Zeus lo dividió en dos, y desde entonces cada una de las mitades vaga por la tierra en busca de la otra. Agathon, el poeta trágico, se alza entonces y canta el elogio del amor y sus obras. Es el más joven, no el más viejo de los dioses; vive y se mueve delicadamente donde quiera que algo florece y en el corazón de los hombres; es el autor de todas las buenas obras, de toda virtud; los dioses le obedecen; es bello y hace bellas las cosas; es el piloto, el defensor, el salvador, cuyos pasos todos deben seguir, cantando himnos en su loor.

No se atreve Sócrates a rivalizar con el poeta trágico y comienza modestamente por decir que tratará sólo de decir la verdad. Acepta la distinción entre el amor y sus obras, pero observa que, dado el hecho de que el deseo implica necesidad, y puesto que el amor desea la belleza, el amor que necesita la belleza, no es hermoso. Y entonces, después de haber establecido estas ideas en una pura y característica forma socrática, dice a sus amigos que va a referirles el secreto que un tiempo le reveló Diotima, la extraña mujer de Mantinea.

El amor, le dijo la profetisa extranjera, no es ni hermoso ni feo, ni sabio ni necio, ni dios ni mortal. Entre los dioses y los hombres existe el mundo de los espíritus intermedios que llevan hasta los dioses las plegarias y anhelos de los hombres y traen a la tierra las voluntades de los dioses. Estos espíritus mantienen la armonía del universo. El amor es uno de ellos.

El amor, según la profetisa de Mantinea, es hijo del dios de la abundancia y de la diosa de la pobreza. Fué engendrado en las fiestas del natalicio de Afrodita, cuando la Pobreza, su madre, vino descalza y miserable a pedir una limosna a la puerta de los dioses. No vive el amor delicadamente, sino descalzo y en harapos, siempre en dificultades, pero siempre lleno de invenciones, gran cazador de sabiduría y de todas las cosas hermosas. A veces está harto y satisfecho después de su festín de belleza; a veces muere de inanición por falta de ella. Nunca sabe todo, nunca lo ignora todo. Es un filósofo, porque el conocimiento es la más bella de las cosas.

¿Qué desea de lo bello el amor? La posesión le basta. Pero hay otra clase de amor que desea lo bello para un fin peculiar. El amante no busca su otra mitad, sino la posesión de lo bello para engendrar en belleza. Hay una estación en la pubertad del cuerpo y de la mente en que la naturaleza humana desea crear, suspira por una creación y no puede crear sino en presencia de la belleza. Este anhelo es la tendencia hacia la inmortalidad. Aun en la devoción del ave a su compañera hay una manifestación del deseo de inmortalidad. En la vida del individuo ésta es como una marea que sube en la inteligencia. Las ciencias van y vienen, se mudan y transforman. Pero en las cosas mortales la sombra de la continuidad es la sucesión.

El amor de la fama, sigue explicando Sócrates, nace de aquí también y es tal vez una imagen más brillante de la inmortalidad que la generación. Las almas creadoras engendran, no hijos de carne, sino buenas obras, producen así sobre la tierra la justicia, la templanza y todas las virtudes. Homero, Hesiodo y los demás grandes poetas, fueron inteligencias geniales que produjeron por amor a la belleza obras admirables. También lo fueron Licurgo y Solon, dando sabias leyes a la república. Pero ellos se detuvieron en los umbrales y no penetraron todos los misterios más altos que están reservados para los que suben de las nobles acciones, de las instituciones y las leyes, a la belleza universal. El verdadero orden consiste en ascender de las hermosas formas, a las hermosas prácticas, los hermosos pensamientos y así finalmente hasta el pensamiento único de la belleza absoluta. Y así el que ama una belleza espiritual, aunque esté encerrada en un cuerpo feo, debe sembrar en ella gérmenes de virtud y contemplar en seguida su fructificación en actos bellos, sin quedarse enredado jamás en la belleza corpórea, porque la del alma es superior y por ella hay que entrar en las ciencias, hasta alcanzar el piélago infinito de lo absoluto, la comunión con la belleza inmortal; y entonces seremos amigos de Dios y tan inmortales nosotros mismos como el hombre mortal puede serlo.

Interrumpamos el resumen para repetir aquí un eco de la su-

blime doctrina platónica en las palabras que nuestro Cervantes pone en uno de esos discursos que contienen. Dice la pastora Marcela en frase de hondo concepto y de forma tan armoniosa y bella como rara vez encontró el mismo autor del Quijote: «Tienen mis deseos por término estas montañas y si de aquí salen es para contemplar la hermosura de los cielos, pasos con que camina el alma a su morada primera».

Pero, sigamos escuchando la voz de Sócrates, que refiere cuanto le reveló la profetisa de Mantinea. Ahora es ella la que habla y sus palabras resumen la doctrina, por donde el filósofo nos ha llevado hasta la belleza absoluta, último término, aspiración suprema y único descanso de la inteligencia humana.

«Y el que por sus grados haya sido conducido hasta aquí, viendo por su orden las cosas bellas, llegado al fin de los arcanos de amor, verá de súbito una admirable belleza, por la cual ¡Oh Sócrates! bien podemos tolerar los anteriores trabajos; la cual belleza existe siempre, y ni nace ni muere, ni mengua ni crece, ni es en parte hermosa y en parte fea, ni hermosa unas veces y fea otras, ni hermosa respecto de unas cosas y fea respecto de otras, ni hermosa aquí y fea allí, no parece a unos hermosa y a otros fea. Ni puede imaginarse esta belleza como un rostro hermoso o unas hermosas manos o cualquiera otra cosa corpórea; ni como un razonamiento, ni como una ciencia. Ni podemos pensar que resida en otra cosa, v. gr., en un animal o en la tierra, o en otra cualquiera parte, sino que ella existe por sí misma, y uniforme siempre, y todas las demás cosas bellas lo son porque participan de su hermosura, y aunque todas ellas nazcan o perezcan, a ella nada se le añade ni nada se le quita, ni ella se inmuta en nada».

«Y cuando llegues a contemplarla (añadió la extranjera de Mantinea) te parecerá más preciosa que el oro y los vestidos recamados, y más que los hermosos adolescentes, ante los cuales te quedarías tú y se quedarían otros muchos sin comer ni beber, y sin más que contemplarlos. ¿Y si esto es así, cuán maravilloso espectáculo será el de la belleza misma, simple, pura, íntegra, no revestida de humanas carnes o colores ni de ninguna

otra apariencia mortal, sino bella en sí misma, uniforme y divina? ¿No crees que quien contemple entonces cara a cara la belleza, con los ojos con que puede ser contemplada, no producirá ya imágenes de virtud, sino la virtud misma, porque ya no poseerá un simulacro vano, sino la cosa en sí? ¿Y no crees que produciendo y nutriendo verdaderas virtudes, se hará amigo de los dioses y que si algún hombre llega a ser inmortal, este lo será sin duda?»

Al llegar el diálogo del *Simposium* a esta parte, hace irrupción en la sala Alcibíades y desde entonces la sublimidad declina. El vino ha puesto a Alcibíades en un estado de exaltación. Quiere coronar al poeta Agathon, pero al ver a Sócrates insiste en que sea coronado el filósofo. Quiere beber, necesita sacar a los amigos de su serenidad sobria y elevada. Hace un extraño elogio de Sócrates a quien por su aspecto físico compara con un sátiro o Sileno, capaz de encantar a los mortales con su voz mucho más que aquellos con sus flautas. La elocuencia del mismo Pericles no tiene efectos comparables a la de Sócrates. Sólo su palabra mueve a Alcibíades a vergüenza de sus acciones y lo fascina hasta el punto de que, tapándose los oídos, concluye por huir de su presencia. «A veces, dice, quisiera verlo muerto; me partiría el corazón; pero es que me saca de juicio». «Como esos Silenos tallados en madera que tienen una cavidad para guardar un dios, así esta máscara de Sileno que posee Sócrates guarda cosas divinas. Afecta ignorancia y sensibilidad ante la belleza. Se burla del género humano. Pero nada le importan las exterioridades, no busca la exhibición y su temperancia es asombrosa».

Continúa Alcibíades haciendo el elogio de Sócrates. Cuenta sus años de meditación solitaria en Potidaea, cuando quedaba absorto en sus contemplaciones durante un día entero o toda una noche. «La palabra de Sócrates, dice, es de necios y de zapateros; está siempre diciendo las mismas cosas con las mismas palabras; pero, quien levante la máscara y mire debajo, verá que son las únicas palabras que tienen un sentido».

Una nueva banda de trasnochadores invade la escena. El vino

se prodiga. La orgía toma una vivacidad extraordinaria. Los sobrios y tranquilos se retiran guiados por Eryximaco; cuenta Aristodemo, narrador de la escena, que al despertar vió a Sócrates conversando con Agathon y Aristófanes, probándoles que la tragedia y la comedia son esencialmente una. El filósofo les habló hasta que los poetas se durmieron y cuando los dejó en el sueño, salió serenamente a sus ocupaciones habituales.

La lectura de los diálogos de Platón puede ser recomendada como una de las más bellas experiencias que un hombre culto alcanzará en el campo de las letras y del pensamiento. Pero sería un error creer que de esa lectura podrá deducir quien la emprenda con la preparación filosófica necesaria el resultado envidiable de establecer un sistema estético claro, neto, formulado a la manera de los que hoy conocemos mediante los métodos modernos.

Los escritos del gran ateniense están llenos de ciencia, pero carecen, como todos los de filósofos antiguos, de cualquier método científico en el sentido moderno de esta expresión.

La misma observación debemos hacer acerca de Aristóteles, más constructor de sistema que Platón, pero todavía muy lejos de nuestra idea de una ciencia organizada, especialmente cuando trata de la belleza y del arte.

Aristóteles era muy joven cuando llegó a Atenas y acudió a las lecciones de Platón que había llegado entonces a los 65 años.

De ordinario se habla de los dos filósofos poniéndolos casi en oposición. De mí sé decir que no diviso tal oposición, por lo menos en lo que se refiere a la estética, o mejor dicho, para no emplear este término modernísimo, en lo que tiene relación con el concepto de lo bello.

Por desgracia, la Poética de Aristóteles, que es la obra en que mejor se hallan sus ideas sobre esta materia, nos ha llegado muy incompleta, apenas en fragmentos. Tenemos que ceñirnos a los comentarios de investigadores que han examinado la doctrina aristotélica en sus fuentes originales.

Aristóteles establece como primer principio que el arte es

imitación; pero esto en sentido idealista. Es decir, el arte imita lo universal, lo necesario, la idea y el tipo; no se ocupa de imitar lo relativo y lo particular. En este punto, como se ve, está de acuerdo con Platón, y aunque algunos de los comentadores del filósofo de Estagira, hayan pretendido interpretar de otro modo su idea en esta materia, es evidente, sin que tengamos para qué entrar a demostraciones hechas ya por cien eruditos, que el principio aristotélico es idealista.

No es menos claro el acuerdo con el maestro en la doctrina sobre la purificación de los afectos, o sea lo que al explicar la doctrina de Platón hemos designado con el bello nombre griego de *sofrosine* o el poder quietador del arte. Sólo que Aristóteles espera este efecto del arte mismo, y Platón lo busca más alto en la contemplación pura de la belleza subiendo hasta el absoluto.

Todas las otras ideas de Aristóteles sobre la belleza nos parecen vagas. Ciertamente distingue claramente la belleza del bien: la belleza se encuentra en los seres inmóviles, en las líneas, en las figuras y en el número; mientras el bien reside en la acción. Igualmente se debe mencionar que Aristóteles considera el bien o lo útil como relativo, mientras asigna a la belleza su cualidad de absoluta.

Según el autor alemán, Schasler, la estética aristotélica es un idealismo realista en que la energía o idea activa, uniéndose a la materia le comunica la forma. El arte sería entonces una capacidad de producir, una energía que hace actuar, en una materia contingente, lo universal y necesario.

Después de Aristóteles la filosofía griega nos presenta para la materia que estamos buscando más bien crítica que filosofía de lo bello. El desenvolvimiento de las actividades de los gramáticos y retóricos, el gusto por el examen de las obras de arte anteriores y contemporáneas absorbe a los pensadores. No discurren ya en la región sublime en que Platón descubría nuevos rumbos a la mente humana, ni procuran como Aristóteles someter a un conjunto de principios los conocimientos adquiridos, sistematizándolos hasta cierto punto.

La escuela de que Plotino en sus *Eneadas* es el representante más ilustre, nos parece una tentativa de restaurar la doctrina platónica y confirmación de que, después del Simposium y otro de los diálogos, muy poco nuevo hay en la historia del pensamiento griego, y lo nuevo no es bueno.

Plotino, como Platón, no reconoce sólo a los sentidos de la vista y el oído el origen del conocimiento de la belleza, puesto que también son bellas las acciones, las ciencias, las virtudes, etc.

La belleza del cuerpo es para este pensador un florecimiento de la forma que domina a la materia por el imperio de la razón ideal sobre la materia misma. El alma humana se enamora de la belleza y la busca y quiere poseerla porque halla en ella algo de su propia excelencia y hermosura. Decimos que tales cosas son bellas porque participan de nuestra naturaleza espiritual. Lo feo nos repugna como cosa fuera del plan divino de que nuestro espíritu forma parte.

Platónico es también el concepto admirablemente desarrollado por Plotino de que quien desee contemplar la belleza intelectual debe comenzar por hermosear su propia alma, despojándola de cuanto la afea. Para hablar en otros términos, no podemos contemplar la belleza intelectual o moral, la que no se percibe por los sentidos, sino cuando la poseemos nosotros mismos. Por lo tanto, el hombre debe vencer su apego a la materia si quiere contemplar la belleza, porque de la materia vienen las fealdades y deformidades que reflejan sobre el alma. Y aquí caemos de nuevo en la idea de la *sofrosine*: para que el alma recobre su virtud y la hermosura, tiene que recobrar su pureza, tiene que pasar por un proceso de purificación. Para llegar hasta Dios, hermosura suprema, el alma debe dejar como muertos los sentidos y abandonar toda hermosura corpórea. Estas últimas son sombras o retratos de la suprema y absoluta que es a la que debemos aspirar.

Tiene el entendimiento humano, según Plotino, una belleza natural que embellece la materia. No basta la imitación de la

naturaleza que satisfacía a Aristóteles, porque el hombre puede enmendar la naturaleza por la belleza superior de su alma. La poesía, la pintura, la escultura, la música, proceden de bellezas que existen dentro de nosotros en grado más alto y sublime que en las obras de arte. Así la música compuesta por un hombre es producto de otra música interior que el artista lleva en su alma y lo mismo las demás formas artísticas.

Igualmente confirma Plotino la doctrina platónica sobre la reminiscencia de la idea. Necesitamos hallarnos nosotros mismos hermosos para que podamos tener el conocimiento de la belleza, que no es más que reminiscencia. La belleza de los objetos naturales es imagen de la otra hermosura que reside en la naturaleza, y ésta a su vez procede de la que está en la mente humana. Y la mente humana tiene un destello de la hermosura primera que no fué creada.

No cabe en los límites de una charla como esta el análisis de todas las doctrinas de escritores griegos en que pudiéramos rastrear el origen de las ideas estéticas del mundo occidental. Ello nos llevaría a divagaciones alejadas del objeto principal de esta lijera excursión por el campo filosófico, que no es sino presentar un cuadro sintético de las grandes ideas que han determinado orientaciones duraderas en la mente humana. En tal concepto creo, que nadie ha logrado mostrar horizontes a los que investigan el secreto de la belleza como Platón y por eso he dado mayor desarrollo a la exposición de su doctrina y referido las demás a la influencia que este genio portentoso ha ejercido sobre sus contemporáneos, sobre los que siguieron en los siglos inmediatos y sobre todo hombre que más tarde y a miles de años de distancia haya buscado con honrado espíritu la verdad.

María Rosa, flor del Quillen

UNA tarde, en la rancho, dijo Pancho Ocares jactanciosamente:

—La mujer que yo quiero es mía.

—¡Bah!—contestó Chano Almendras cansado de oírle aquel estribillo. —Claro que la Margara, o la Pata e Piñón, o la Pascuala, esas ¡psch! cualquiera las tiene. Pero otras...

—Otras... ¿Cuáles?

—¿Cuáles? La Carmela Rojas, por ejemplo.

—¡Ja! ¡Ja!—rió Pancho. Una vieja pelleja...

—No es tan veterana—dijo Santos Mujica.

—Y es harfo güena moza—agregó la cocinera.

—Está muy averiá—hablaba Pancho Ocares con desprecio.

No me la mienten a la Carmela Rojas...

—Y de la María Rosa, de la Flor del Quillen ¿qué m'ice?

Un momento Pancho Ocares se quedó pensativo, evocando la figura gentil de la mujer.

Era un mozo suerino de mediana estatura, que parecía hecho en bronce, tanto el viento y el sol habían tostado su piel. Tenía como belleza en el rostro la dentadura espléndida que le brillaba al reír o en los momentos de cólera, cuando un tic nervioso le respingaba el labio superior. Los ojos redondos y vivos, negros como maqui, estaban demasiado a flor de cara, dándole aspecto de sapo, semejanza que aumentaba la nariz chata y la boca grande, de labios delgados y descoloridos.

Decentón en el vestir, dicharachero y bien plantado, se daba aires de conquistador al pasar frente a las pueblas, elástico el paso, bien ceñido al cuerpo el pantalón por la faja de lana roja, abierta sobre el pecho musculoso y velludo la camiseta a rayas, al hombro la chaqueta, adornada con una flor la chupalla que le sombreaba el rostro. A la mujer que encontraba se detenía a mirarla cínicamente, con una pregunta muda en los ojos y un chasquear la lengua en la boca, que las hacía enrojecer de placer o de vergüenza.

La fama de conquistador, que él mismo se encargaba de propalar, le hacía en torno una atmósfera que atraía misteriosamente a las mujeres, a ciertas mujeres, pues si en realidad podía ufanarse de batallas amorosas libradas con éxito, eran sus contendoras mujeres fáciles, que sólo esperaban un leve signo para enredarse a la aventura.

Enamorado de su fama, tornadizo y voluble, iba el mozo de una a otra mujer, preocupado de que sus conquistas fueran muchas y levantarán comentarios. El goce de amor no existía para él. En sus aventuras únicamente estaba en juego el deseo carnal, pero siempre supeditado al ansia de acrecentar su nombradía.

Y por eso gustaba de atacar las torres sin puertas, de fácil acceso. Cobarde en lo hondo, huía lejos de una posible derrota.

Sentados en la cocina de la ranca, rodeando el fuego que atemperaba el frescor de la tempestuosa tarde de Febrero, los peones comían presurosos en el deseo de ganar pronto reposo de sueño.

Afuera soplabá recio el puelche, amontonando sobre las montañas pesados nubarrones grises, negruzcos, cargados de lluvia. Remolinos de polvo y de hojas se alzaban en espiral para ir a caer sobre el pasto tembloroso de los potreros. Al empuje del viento los árboles se contorsionaban gemebundos. Medio carbonizados por el roce, los troncos altos como mástiles oponían al vendaval su impasibilidad que a veces se abatía, haciendo repercutir fragorosamente los ecos al troncharse.

Los pájaros huían en grandes bandadas, piando lastimeros, ciegos con las nubes de polvo, desorientados por el viento que

los arrastraba. Las cachañas pasaron girando enloquecidas, sin rumbo, disgregadas, llamándose con chillidos agudos,

A cada embestida del viento temblaba la cocina, amenazando caer. Por las rendijas pasaban silbando rachas heladas que hacían vacilar las llamas del hogar, obligando a los peones a arrebuñarse friolentos en las mantas.

La puerta estaba abierta para dejar salir el humo, pero a veces humo, polvo y viento entraban por ella cegadores. Los hombres y la mujer carraspeaban hurtando la cara y seguían comiendo con una pasividad de bestias. ¿Qué hacerle? La vida es así...

—La María Rosa—dijo al fin Pancho Ocares—la María Rosa tiene que ser como toas. Guaina y casá con viejo, es seguro qui'acabará buscando consuelo... Too es saber proponérselo. Mire, compañero, la mujer que no quiere por la güena, quiere por la mala. La que no quiso poniéndole linda carita, quiere cuando li'han dao una frisca. Son muy caprichudas las mujeres. A unas les gustan los cariños, a otras los palos. El cuento es saber entenderlas y ser muy hombre.

—O muy farsante—concluyó Cachi Roa, el fogonero, con la superioridad que le daban los muchos años pasados en la ciudad y sus puños como mazos.

Pancho lo miró por sobre el hombro y volviendo la cara con un gesto despectivo dijo sin dirigirse a nadie:

—Cuando un burro rebuzna...

—Toos los demás burros se callan y el primerito que debe callarse es usted, qu'es el más burro e toos—contestó Cachi buscando sus ojos.

—Es que... —y los ojos de sapo huyeron la mirada que adivinaban retadora y se fueron por la puerta abierta, quedándose prendidos a las lejanías nebulosas.

Dentro le bullía el deseo de pegarle a Cachi. Lo detenía el miedo de ser vencido, porque al medir fuerzas con otro mozo obraba con el mismo fin que al asediar a una mujer: teniendo en cuenta la fácil victoria. Y aquel Cachi con sus manazas era capaz de deshacerlo de un golpe.

Callaron un largo rato.

—¿Querís más?—preguntó la cocinera a un muchachón que habiendo terminado de comer la contemplaba embobado.

—Güeno, pué—y le alargó la fuente.

Mientras la mujer lo servía llena de melindres, los peones cambiaron una mirada y una sonrisa maliciosa. Aquellas coquetías y aquellas atenciones indicaban quién estaba de turno, pues aunque Chano Almendras no la incluyera en la lista, tenía ella perfecto derecho a figurar junto a la Márgara, la Pata de Piñón y la Pascuala.

—¡Caramba con la nohecita!—exclamó un viejo.

—Vamos a tener frío como diaulos—dijo un mozo.

—Too será que la rancha con este viento no se nos venga encima.

—Más abrigoos estaríamos ¡je!—rió Santos Mujica.

—¡Condenao!—aspeando los brazos la cocinera se alzaba furiosa.

—¡Ah! ¿Qué?—exclamaron los hombres mirándola, sorprendidos e interrogadores.

—¡Ah, perro! ¿Hasta cuándo vis a lamber l'olla?—prosiguió la mujer vociferando iracunda.

Y como el perro, con la cabeza sumida en la olla, no le hiciera caso, le arrimó al cuerpo una rama ardiendo que lo hizo huír enloquecido, aullando el dolor de la quemadura.

Los hombres contemplaron la escena con indiferencia y luego volvieron a lo que los preocupaba.

—Lo mejor sería que durmiéramos aquí—propuso el viejo que se había puesto en pie y, desde la puerta, examinaba el crepúsculo desapacible.

—Ya está que cae l'agua—dijo Santos Mujica.

—Aunque aquí haigan goteras, nunca son tantas como en la rancha.

—Yo no sé hasta cuándo vamos a dormir en ese chiquero.

—Hasta que se declaren en huelga—contestó Cachi Roa—en el norte estas cosas ya no se ven. Aquí ustedes viven muy atrasados y se dejan atropellar por cualquiera.

—No sé cómo serán las cosas en el norte—hablaba el viejo sosegadamente, transido de amargura—pero el cuento es qui' aquí too es distinto. Acuérdense de los apuros que pasamos en el otro año por hacerle caso a ese fuerino qu'estuvo pa la cosecha y qu'era federao. Hicimos la huelga, juimos onde los patrones a pedir más salario pa nosotros, mejores pueblas pa la familia y escuela pa los mocosos. Si no nos hacían estas mejoras naiden trabajaba. Tres días estuvimos sin contesta, afligios con l'espera. Y al tercer día llegaron los carabineros, al fuerino lo tomaron preso y en toas las pueblas se dió orden de desalojar. ¿P'onde íbamos a d'irnos? Nos echaban a toos, a toitos. ¡Jué terrible! No tuvimos más qui'agachar la cabeza y seguir trabajando en las mismas condiciones. Pa leución ya habimos tenío bastante...

—¡Eso jué pura cobardía! ¿Por qué no se jueron?

—¿P'onde? Cuando se tiene familia: mujer, chiquillos y bestias está uno muy amarrao pa moverse así no más.

—Pero el cuento es que siguen viviendo pior que perros.

—¡Qui'hacerle! Hay que conformarse con el Destino...

—Esas son leseras. Ya ve yo. Llegué este año, al tiro puse mis condiciones y me las aceutaron. Tengo ocho pesos al día, comida y una güena pieza pa dormir en la casa del mayordomo.

—Será suerte suya. Nosotros quisimos poner condiciones y ya ve como nos jué,

—Se güelve a la carga, se porfía, se mete mieo en último caso.

—Y acaba uno en el retén molío a palos por los carabineros... No, compañero, nosotros no tenemos más que conformarnos con el Destino.

—Si es gusto...—se puso en pie, metió la cabeza por el cuello de la manta de castilla y se dispuso a salir.—Me voy antes que mi'agarre l'agua. Güenas noches.

—Tan bravo que lo han de ver y le tiene mieo a l'agua—dijo Pancho Ocares con ironía que buscaba caer en gracia.

Hacia rato que esperaba la ocasión de molestar a Cachi Roa.

—¿Qué?—preguntó el fogonero que no alcanzara a oír.

—Na—contestó la cocinera queriendo evitar un choque.

—Ice que tan bravo qu'eres y le tenís mieo a l'agua—dijo Chano Almendras que aburrido con las fanfarronadas de Pancho quería darle fin.

—A una mojadura le tengo mieo, pero lo qu'es a usté no—exclamó Cachi con fiereza.

Un momento se detuvo esperando que actitud tomaba Pancho, mas como lo viera fingiendo indiferencia seguir sentado, perdidos los ojos en la negrura de la noche que llegaba, hizo un movimiento despectivo con los hombros, dió nuevamente las buenas noches y salió.

—Sos como quiltro—dijo Chano con voz punzante—sos como quiltro no más... Le hacís guapos a toos y cuando vís peligro arrancás a perderte. ¡Puá!

Pancho había vuelto la cara y con la cabeza gacha lo miraba por entre las pestañas, mostrando los dientes brilladores en el gesto familiar de sus cóleras. Comprendía que había que pelear para no quedar en ridículo, para no mostrarse cobarde. Chano Almendras no era un adversario tan temible como Cachi Roa.

—¿Yo?—y se alzó como disparado por el banquillo, cayendo sobre Chano desprevenido.

—¡Ah! Bestia...

—Dégale duro—dijo el viejo a Chano.

—Rómpele los hocicos—aconsejó otro.

—Pa que no alardée tanto—concluyó la cocinera.

Chano se repuso al instante y de dos golpes dominó al agresor, de otro, dado como le decían en los hocicos, lo tiró violentamente contra las tablas de la pared.

Aturdido, Pancho lo miraba con ojos estúpidos. Luego se pasó la mano por la boca y escupió sangre.

—Pa que aprienda hacerle guapo a los hombres—díjole Chano que volvía a sentarse.

—P'otra vez me las pagarás bien caras—contestó el otro con rencor.

—Y en cuanto a mujeres, contentate con la Pata e Piñón—volvió a decirle Chano con burla que hizo reír a los demás.

—Eso lo veremos. Bien pue ser qu'en vez de contentarme

con la Pata e Piñón, me contente con la Flor del Quillen.— Y antes de que nadie tuviera tiempo de contestar, con gran empaque, soberbio en su derrota, salió sumiéndose en la boca negra que abría la puerta sobre la noche.

Afuera, en la obscuridad pegajosa por la llovizna que empezaba a caer, el mozo se defendió del viento y caminó presuroso hasta la rancho.

Iba lleno de ira que no sabía contra quién volverse.

Abrió violentamente la puertecilla desgoznada y ya dentro, gateó hasta el fondo por ver si allí colaba menos el viento.

Las tablas apoyadas unas contra otras en un extremo, separaban el otro lo suficiente para formar un callejón triangular y hondo, cerrado en un extremo por una quinchá, en el opuesto por la puertecilla. Abajo había paja para servir de lecho.

Aquello era la rancho, esa lindeza que el terrateniente sureño ofrece como vivienda al peón que de paso en la hacienda—por un salario mínimo—le deja su esfuerzo transformado en oro de sementeras, en cobre de barbechos, en plata de taladuras.

El mozo se tendió de bruces, cruzó los brazos y en ellos apoyó la cara, quedándose ensimismado.

¿Qué creían de él los peones? ¿Qué todas sus queridas eran de la calaña de ña Pata de Piñón, esa china mugrienta? ¿Qué no era capaz de conquistar a la Flor del Quillen?

Las mujeres ¡bah! bien las conocía... En el fondo todas eran iguales. Unas demoraban más en entregarse, otras, menos; unas querían cariños, otras palos; unas rodeaban de secretos su pasión, otras la decían a gritos. Pero el fin de todo ¿no era el mismo?

¿La Flor del Quillen? A lo mejor resultaba que aquella mujer que todos creían santa estaba harta del vejistorio del marido y de inspirar tanto respeto, ansiando en su corazón que llegara uno bastante audaz para tomarla y hacerla suya. ¿Por qué no? Cosas más raras había visto él.

Todo consistía en avistarse disimuladamente con la mujer y ver como recibía las primeras insinuaciones. Si la aventura se presentaba bien, inmediatamente empezaría a propalarla ¡y cómo rabiarian y lo envidiarían todos!

¿Y si la mujer lo rechazaba?

Volvía a formularse la pregunta con recelo creciente, porque en lo hondo, muy agazapado, estaba el sentimiento de verdad que quería alzarse para recordarle muchos desdenes recibidos y ocultados cuidadosamente. Pero esa voz él no quería oirla y no la oyó.

Si la mujer lo rechazaba... ¡Bah! Ya sabría inventar algo... ¿Qué nadie lo creería? Tal vez. Pero aún sin creerlo, dentro llevarían la duda.

• • •

A María Rosa—la Flor del Quillen—la casaron sus padres tres años antes con don Saladino Pérez, un viejo sesentón acartonado por el trabajo rudo de campero, sin reparar en la diferencia de edades que en lo futuro podía hacer surgir una tragedia en la vida del matrimonio.

Tenía María Rosa una agradable figura de adolescente. Alta, delgada, morena, apenas diseñadas las formas, vestida pulcramente, un aroma de honestidad parecía envolverla. La cara de óvalo alargada, la frente amplia, los ojos verdes, anchos, húmedos, pestañudos; la nariz aguileña, la boca grande un tanto caída en las comisuras, la barbilla aguzada, el conjunto todo que parecía enflaquecido por el crecimiento, le daba a los dieciocho años un aspecto de niña en la cual el tiempo aún no ha terminado su obra de modelar.

Los movimientos eran ágiles, pero sin armonía y hasta la voz destemplada en los agudos era característica a la pubertad.

El carácter era serio, reservado, observador. Era dulce y ensoñadora. Muy nerviosa, una alegría o un dolor la impresionaba hasta lo hondo, haciéndola huir de todos para ocultar su contento o sus lágrimas. Desde muy pequeña se aplicó a los quehaceres domésticos, evitando las algaradas de sus hermanos mayores y desde entonces fué habituándose a oír murmurar estas palabras a sus padres:— «Como la María Rosa no hay ninguna».

Y la convicción de que no había ninguna como ella le hizo

lentamente un alma de orgullo, cerrada y fiera, que al correr de los años creció hasta ser la base de su personalidad.

A veces—niña al fin—sentía bullir en ella el ansia de irse con los hermanos potrero adelante, corriendo y gritando como bestezuelas montaraces, pero el deseo de mostrarse distinta la inmovilizaba junto al huso, hilando pacientemente, resarcida de su sacrificio, cuando al llegar los chiquillos, desarrapados y sudorosos, felices y jadeantes, la madre les señalaba a María Rosa diciendo las palabras rituales:

—Fijense en la María Rosa. Así debían e ser. Ciertó que como ella no hay ni'una.

La niña inclinaba la cabeza sin dejar ver la alegría de sentirse por aquel elogio colocada en sitio único.

Mansamente trascurrió su niñez y su adolescencia. Era una excelente dueña de casa. Sólo en ese sentido se habían desarrollado sus aptitudes: el cerebro estaba vacío de toda instrucción: en el corazón, por ahí perdida en un repliegue obscuro, se hallaba una pinta de piedad religiosa, una vaga idea de Dios a quien temía y una tibia devoción por la Mamita Virgen. Era todo.

Ya jovencita, un día le dijo su madre con júbilo que irradiaba en su mirar y en su sonreír.

—¿Sabís? Don Saladino Pérez se quiere casar con vos. Se lo ijo a tu Taita enantes no más di'amigo, amigo. ¿Qué te parece tu güena suerte? Ciertó que vos too te lo merecís... Es un hombre tan comedido don Saladino Pérez. Y trabajador como pocos. No s'hubiera fijao en cualesquiera. Ya vis vos los años qui'hacen que se le murió la finá y hasta agora no había encontrao ninguna que le gustara. ¡Güeno la suerte grande qui'habís tenío!

María Rosa aceptó sumisa y gozosamente el novio que le proponían. Desde pequeña oyó hablar del matrimonio como del único fin a que debe aspirar la mujer. Cuanto más jovencita se llega a esa meta tanto mejor: más pronto se libra de un «mal paso».

Porque pasada cierta edad sin conseguir marido, en la vida

de la montañesa librada sin defensa alguna a sus instintos, irremediablemente, fatalmente, surge el amante. Sin religión, sin instrucción, viviendo en contacto directo con la naturaleza, la gran fuerza acaba por echarlas en brazos de un hombre, marido o amante, poco importa, con tal de seguir el obscuro e imperioso deseo.

Se guarda a la jovencita en espera de que llegue el marido, porque ya que no la religión y la moral hace preferible el marido al amante, lo hace la conveniencia de gozar cierto prestigio por estar «bien casá».

Se guarda a la jovencita. La jovencita espera con los ojos bien abiertos. ¿Qué misterio habrá para ella si vivió con sus padres en un cuarto común, si la naturaleza que la rodea revela también a cada paso su secreto?

Espera, espera, espera... ¿Pasó la flor de la edad? ¿No tiene ya la tez el aterciopelado de los duraznos? ¿No está la carne prieta y apetiosa? Entonces... ¡Bah! La fruta madura cae, si una mano no la coge a tiempo.

La joven... ¿Cayó? ¿Rodó? Ella bien sabía. ¡Para qué fué tonta! Y la vida, indiferente, sigue su canción de goces, de dolores, de noblezas, de vergüenzas.

Para María Rosa llegó a tiempo don Saladino Pérez, con su vejez mantenida sana y viril mediante una vida morigerada. La muchacha tenía por entonces los sentidos embotados. Después... después... Las aguas dormidas son las peores.

A pesar de sus sesenta años don Saladino podía tenerse tieso junto a cualquier mozo. Ninguno como él resistía las pesadas jornadas arreando piños de animales vacunos desde la Argentina; ninguno plantaba un lazo con mayor destreza; ninguno caracoleaba el caballo con mayor donosura en los días de holgorio.

Mediano de porte, arqueadas las piernas, de atleta el tórax, una cabeza de patriarca suavizaba cuanta fiereza había en la figura. Los pelos y las barbas blancas dejaban solamente libre la frente estrecha, los ojos enormes—color de tabaco, dulces y leales—la nariz huesuda y la boca sumida por la falta de los

dientes superiores, que le volaran al caerse siendo muy joven de un potro chúcaro que domaba.

De su anterior matrimonio le habían quedado dos hijos, bravos muchachos que permanecieron en la hacienda hasta hacerse mozos. Entonces se echaron a «rodar tierras», empujados un poco por ese vagabundaje latente en todo chileno y otro poco por el horizonte que abriera ante sus ojos la instrucción primaria recibida en la pequeña ciudad cercana. Ellos no se avenían con la vida paupérrima del gañán montañés, tenían rebeldías y altiveces que escandalizaban a don Saladino. Hasta que cansados de batallar en vano con la administración de la hacienda exigiendo mayor salario y mejores pueblas, partieron los dos mozos en busca de la ciudad prometedora de holgura.

El padre—apegado con un ciego amor a la tierra que lo viera nacer—reconocía allá en lo recóndito que tenían razón los mozos, pero tras mucho cavilarlo, acababa por decir moviendo lentamente la cabeza:

—Los pobres habimos nació pa trabajar y sufrir.

Era un padrazo como había sido un buen marido y un excelente hijo: por bondad natural que fluía de su corazón callada y perennemente, oponiendo a la miseria, al dolor y a la muerte, un fatalismo resignado y una esperanza en otra vida eterna y feliz.

La soledad en que lo dejaran los hijos al partir lo hizo formar la idea de volver a casarse. Buscó en torno una mujer que le conviniera y por bonita, buena y prolija lo atrajo María Rosa, la hija pequeña de su compadre Pedro Quezada.

De acuerdo con los padres, se decidió don Saladino a cortejar a la muchacha que, a su vez prevenida por aquéllos, se dejaba ir por el suave descenso de un noviazgo tranquilo que pronto terminó en matrimonio.

De recién casada a María Rosa la habían rondado insistentemente los hombres atraídos por el verdor de su juventud que el viejo desdentado tal vez no alcanzaría a saborear. María Rosa rechazaba firme e indignada hasta la sombra de un coqueteo. Le daba pena y rabia que pensarán en ella «para esas maldades».

Era un sentimiento complejo que la hacía apegarse a don Saladino, queriéndolo más, sirviéndolo mejor, agradeciéndole que la hubiera hecho una mujer honrada y no una perdida, como era el deseo de los otros. Luego, de esa gratitud, surgió un manso afecto que la hacía feliz junto a aquel marido aceptado indiferentemente.

Pero lo que más la ufanaba, lo que le esponjaba el alma, era el verse la más bonita de las mujeres de la hacienda, la que gozaba de mayores consideraciones, la que poseía más comodidades en la puebla. Era un orgullo humilde que vivía en el fondo de sí misma, sin exteriorizarse, alimentado en la conciencia de su propio valer.

Cansados de rondarla en vano acabaron los hombres por mirarla con respeto, haciéndole en torno una atmósfera legendaria, llamándola la flor del Quillen, sin atreverse a un chicoleo ni a una mirada audaz.

Vivía el matrimonio en lo alto de una quebrada, junto al río Quillen. La puebla tenía por fondo el monte, compacta masa de árboles verdinegros, en que los robles viejos ponían la nota plateada de sus troncos desnudos. Entre el monte y la casa se extendía la huerta cerrada con «palo botado», árboles medio carbonizados o secos, restos de roces y taladuras, que a larga unos sobre otros servían de cerca. Dentro se alineaban los camellones con papas y cebollas, una ringla de repollos prietos y pomposos verdeaba en un extremo, las remolachas asomaban sus hojas rojizas más allá y el resto lo llenaban las arvejas al trepar por los tutores.

Un hilo de agua que venía del monte pasaba callado y transparente por la huerta, yendo a formar fuera de la empalizada una poza que servía de bebedero a las aves de corral.

La puebla estaba compuesta por dos edificios y un cobertizo, todo ello construido con maderas toscamente elaboradas. La casa habitación sólo tenía una pieza de cielo raso, sin solar, sin luz. Pero dentro estaba el menaje tan limpio que cobraba el interior aspecto amable.

Delante la casa tenía un corredorcillo, luego venía el jardín policromado por flores humildes: amapolas bellas, pensamientos,

violetas, cosmos y una que otra rosa. Una cerca de coligües cerraba este tesoro, aislándolo del camino.

Después empezaba la bajada de la quebrada hacia el río Quillen. No había árboles, y un trébol bien oliente llegaba hasta el borde del agua, abajo, en la hondanada. En la otra orilla aparecían los árboles, dispersos, dibujándose nítidos en la falda de la montaña en ascenso, con la sombra junto sobre el amarillo del trigal segado. Detrás otra montaña mostraba su lomo, azul por la lejanía.

El camino bajaba serpenteando hasta meterse en el puente de cimbra y luego, bordeando la ribera fronteriza, se perdía en una violenta curva.

En el extremo del jardincillo un maitén esférico se alzaba sobre el pulido tronco cilíndrico, tan perfectamente recortado, que parecía un árbol de juguete o un dibujo modernísimo simplificado hasta el infantilismo.

Bajo su sombra, sentada en un banco, María Rosa tejía penetrada obscuramente por el ardor del sol sobre la tierra mojada. No alcanzaba a comprender lo que alegraba su ánimo, ni lo que hacía ágiles sus dedos: se dejaba vivir gozando inconscientemente de la dulzura del momento.

El resto del asiento lo ocupaba Perico, el gato, bola de sedosos pelos negros que dormitaba placentero. Se le oía ronronear en la enorme quietud de la tarde montañesa, como también se percibía el bullir de unos pájaros que tenían su nido en el maitén.

Era un silencio en que la naturaleza parecía extasiarse. Con las hojas recién lavadas por la lluvia los árboles se inmovilizaban bajo el sol que los bruñía, haciendo fulgurar las gotas de agua.

Un agrio olor que embriagaba subía de la tierra en germinación, y ese trabajo sordo era lo que tal vez daba a la naturaleza su gracia maternal.

En la atmósfera radiante el paisaje tomaba contornos nítidos, deslumbradores en sus tonos sin sombras. El trébol tenía una sola gama verde y el trigal segado un solo matiz amarillo,

abajo el río era azul, reflejando el cielo, el camino se diseñaba negruzco y el puente rojo flameaba en lo hondo de la quebrada.

María Rosa tejía contando los puntos a media voz;

—Uno... dos... tres... dos cadenetas... vuelta...

Perico dormitaba hecho una rosca.

Entró al jardín, zumbando, una abeja, y Perico abrió un ojo verde, uno solo, enorme, con una estría verde al centro y se quedó mirando al insecto de oro que volaba alto. Demasiado alto, debe haber dicho Perico, porque cerró el terciopelo negro de su párpado y siguió dormitando.

—Uno... dos... tres... vuelta... —contaba María Rosa.

Se sentían pasos por el camino y la mujer alzó los ojos de la labor, mirando curiosamente por sobre la cerca.

Era Pancho Ocares que siguiendo su plan venía a otear el terreno. Al ver de pronto a María Rosa—que hasta entonces ocultara la cerca—perdió todo su aplomo y apenas si atinó a sacarse el sombrero y a decir balbuciendo:

—Güenas tardes.

—Güenas tardes—contestó la mujer.

Y como el mozo, ya cubierto, siguiera bajando hacia el río, María Rosa se quedó pensativa, preguntándose para adonde iría por aquel camino que sólo llevaba a los potreros trigueros, ya segados.

Había conocido a Pancho Ocares en la emparva, cambiando con él una que otra frase ritual e indiferente. Luego no volvió a verlo. ¿A dónde iría por aquel camino?

Como no encontrara contestación a la pregunta, María Rosa acabó por encogerse de hombros y seguir tejiendo afanosa.

Una hora después volvía Pancho Ocares cargado de maqui.

Absorta en su labor la mujer había olvidado su anterior pasada. Al sentir ruido levantó vivamente la cabeza y al reconocerlo le sonrió, sin perder la expresión reservada de su fisonomía.

También Perico interrumpió su ocupación de acicalarse los bigotes, quedándose con una mano en alto y la cabeza vuelta

en un violento escorzo—gracioso y elegantísimo—mirando al extraño con redondos ojos recelosos.

—Está que da gusto el maqui a l'otro lado del río—dijo Pancho Ocares.

Aunque traía preparada la frase y contaba con detenerse para ofrecerle una rama a la mujer, la desconfianza le engolfó la voz, empujando sus piernas camino adelante.

—Hay hartazo—contestó ella maquinalmente.

Por la noche, cuando llegó don Saladino, dijole María Rosa que Perico llevaba cazadas dos lauchas, que Pancho Ocares—el fuerino—había pasado para el otro lado del río a buscar maqui, que la gallina calchona tenía ya tres pollitos, que las tortillas estaban ricas, que...

El viejo, derrengado en un piso, mascaba la comida despaciosamente, medio adormilado por el tonillo cantante de la voz que narraba las menudencias cotidianas.

Para María Rosa la pasada de Pancho Ocares no tenía importancia ninguna, ni ninguna le dió a las que hizo en los días siguientes.

Una tarde, de regreso del río, el mozo se detuvo junto a la cerca alargando a María Rosa un gajo de maqui, negro de frutos dulcísimos.

—¿Quére aprobarlo?

—Muchas gracias—y recibió la rama.

Hubo un corto silencio embarazoso.

Pancho Ocares la miraba a hurtadillas tratando de adivinar qué camino debía seguir con aquella mujer que lo acogía naturalmente, sin rubores ni sobresaltos, mirándolo a los ojos, serena y reservada.

Le llamaban la Flor del Quillen porque ninguna mala historia se enredaba a ella. Decían que era una señora, una verdadera señora en su comportamiento. Pero ¡bah! también las señoras tenían sus debilidades, por muy señoras que fueran...

¿A María Rosa le gustaba ser señora? Pues a tratarla como tal. Y se hizo humilde, pequeñito, con ese anulamiento de su

personalidad que el peón sureño finge necesariamente ante el superior despótico.

Y tratándola como a una señora, dió en el punto vulnerable de la mujer.

—Yo quería icirle que l'otro día no me alimé a ejarle una ramita e maqui... Me dió tanto mieo que juera a creer qu'era falta e respeto...

María Rosa lo escuchaba halagada y la sonrisa que sólo estaba en sus labios subió a los ojos, encendiendo en ellos una luz de orgullo.

—Me voy ya—prosiguió el mozo.—Cuando se li'ofresca ya sabe onde tiene un servior... pa too lo que usté quiera mandar... Pa mí, usté es como si juera otra Patrona... Güenas tardes, señora María Rosa...

—Güenas tardes—contestó sonriéndole con íntimo gozo.

Ido Pancho Ocares, sus palabras quedaron repiqueando alegremente en su interior. Era como si en ellas hubiera el mozo cristalizado el sentido de su vida íntima.

Casi todas las tardes pasaba Pancho Ocares frente a la puebla. A veces sólo cambiaban un saludo, otras charlaban brevemente diciendo frases esparcidas por silencios en que sonreían al mirarse. Y Pancho se iba congratulándose del buen cariz que llevaba la aventura, diciéndose que tenía mucha razón al juzgar iguales a todas las mujeres.

Mientras María Rosa quedaba haciendo cuenta de las atenciones del mozo, encantada de provocar en un fuerino todas aquellas muestras de respetuosa admiración.

—Pancho Ocares pasó pal monte—decía a don Saladino—y a la güelta me trajo cohiles.

—¡Mira qué comedido!—decía el viejo con su lenta voz de sordina que solía enredársele a una sílaba, haciéndolo balbucir.

—Es muy fino y muy respetuoso. Así debían e ser los mozos e l'hacienda y no tan lerdos como son... Apenitas saben dar los güenos días.

Pero al viejo le interesaban otros asuntos y cambiaba el tema:

—Figúrate qu'el Corbata se nos enmontañó y no lo habimos podío encontrar. ¡Es toro muy fregao!

—¿Y que van hacer?

—Mañana vamos a d'ir toos al alba pa ver si lo sacamos. Lo pior es que carga, el remañoso.

—No les vaiga pasar algo.

—¡No te apurís por eso!

Trascurrían monótonamente los días y Pancho Ocares se impacientaba porque María Rosa no se daba por apercebida de su asedio. Hasta que una tarde—cansado de rodeos y de frases vagas—expuso a la mujer estupefacta su sentir y su esperanza.

—Si no me quiere por la güena me quedrá por la mala, pero querer me tendrá que querer. Como mi Rosita es una pura miel me quedrá por la güena. ¿No es cierto, mi Rosita di'oro?

La mujer lo oía sin interrumpirlo. ¿Era a ella, a la María Rosa, a la Flor del Quillen, a la que aquel sinvergüenza se atrevía a dirigirse así? Y a fuerza de asombro lo miraba con pupilas dilatadas, extrañas, que el mozo creyó de aquiescencia y que lo animaron a acercarse y a buscar con la suya de sapo la flor de amapola que era la boca de María Rosa.

El movimiento sacó a la mujer de su estupor.

Recién pasado el meridiano el calor extenuante adormecía la naturaleza en un pesado letargo. Aumentaba el bochorno un roce que ardía en el horizonte, con el humo espeso inmovilizado encima. A veces se sentía el fragor de los árboles al caer, que los ecos enviaban de una a otra quebrada con larga porfía. Otras veces un golpe de viento arrastraba el humo sobre los campos, dejando la atmósfera impregnada de un olor acre y pegajoso.

Pancho Ocares y María Rosa charlaban en el cobertizo. A sus pies se amontonaba la leña para la hornada del siguiente día.

Bruscamente María Rosa se inclinó a coger una gruesa rama y alzándose amenazadora, dijo al mozo con voz que flagelaba:

—¿Qué te habís figurao vos, cochino? Ándate al tiro si no querís que te alime los perros.

—¡Ah!—exclamó Pancho sorprendido por la actitud ofensiva de la mujer.

La miraba con las cejas juntas sobre los ojos en que se concentraba toda la fuerza de su deseo. Esperaba que su declaración fuera recibida con tímidas protestas, con fingido rubor. Comprendió que esa ira tan sincera sólo se podía dominar con audacia y lentamente fué avanzando, buscando sus manos las manos que blandían el palo, buscando sus ojos los ojos en que brillaba el desprecio, buscando su boca la boca que sellaba el asco.

—Mi Rosita—decía con voz de caricia—Mi Rosita preciosa... ¿Querís pegarme? Güeno, pégame no más... Pégame... ¡Mi palomita! Pégame...

Las manos alcanzaban ya las manos crispadas sobre el madero, los ojos hipnotizaban los ojos estrábicos por la sorpresa, la boca estaba tan cerca que el aliento del mozo se le entraba a María Rosa por la boca que le abría el paroxismo del terror.

Lo veía acercarse pensando que estaba sola en la puebla, que los perros dormían la siesta en la cocina, que luchando llevaría la peor parte, que huir era lo mejor.

Pero antes de echar a correr bajó el palo con todas las fuerzas de su miedo sobre una de las manos que avanzaba a tomarla y huyó como loca a encerrarse en la casa.

—¡Ah! Bestia... Me las pagarás bien caras—gritó Pancho.

Ella creía que la había seguido y desplomada junto a la puerta la empujaba con todo el cuerpo, castañeteándole los dientes, con chiribitas en los ojos, queriendo mirar por una rendija qué sucedía afuera y sin poder ver hasta pasado el vértigo del terror.

Pancho permanecía en el mismo sitio, caído el brazo que recibiera el golpe, cerrado el ceño en una horizontal de odio.

El despecho lo llenaba de un feroz deseo de venganza. ¿Por qué no realizarlo inmediatamente? ¿Por qué no avanzar a derribar la puerta? ¿No estaba la mujer sola a su merced?

Dió un paso y el movimiento hizo nacer un dolor agudo que corrió de su mano al hombro. Se detuvo. Sobre el dorso de la mano una ancha línea roja empezaba a levantarse tumefacta.

Entonces cambió de dirección y lentamente se llegó al bebedero de las aves, mojó el pañuelo y envolvió la mano que se hinchaba más y más.

Esperaría. Total: lo mismo. Antes o después la mujer sería suya. Mientras, él seguiría tejiendo la red de insidias que ya iba mermando quilates a la reputación de Flor del Quillen.

Siguió andando, alejándose. De pronto se detuvo, volvióse y con el puño cerrado amenazó la puebla.

María Rosa—que con la cara pegada a la rendija seguía atenta y angustiosamente sus movimientos—tuvo la sensación de recibir el golpe que aquel puño enviaba desde lejos y cayó desfallecida, dándose de bruces en el suelo. Fué un desfallecimiento de un minuto. Cuando se alzó a mirar de nuevo, el hombre no se veía.

Entonces se puso en pie. Le temblaban las piernas y dando tatabillones pudo alcanzar la cama, tumbándose deshecha en sollozos,

¿Por qué lloraba? Primero fué el miedo, la tensión nerviosa lo que la hizo sollozar. ¿Después? No sabía... Era algo confuso, una serie de sensaciones rápidas y agudas: tristeza porque el mozo se había reído de su buena fe, cantándole alabanzas mentirosas: rabia contra sí misma por haberse dejado engañar como una tonta: vergüenza por lo que Pancho esperaba de ella.

¿Entonces cualquiera podía llegarle, decirle palabras quemantes, proponerle, o, más exactamente, no proponerle nada, sino que luego de la declaración avanzar a tomarla como cosa propia?

Recordaba los hombres que la habían cortejado de recién casada. Cierto era que aquellos iban desde las primeras palabras dejando ver su juego, las lagoterías de Pancho Ocares no las había tenido nadie. A los que habían venido abiertamente, también abiertamente los había rechazado ella. Pero Pancho ¿cómo maliciar?

Hacía una especie de examen de todas las entrevistas que tuvieran y nada sospechoso encontraba en la actitud del mozo,

ni ninguna coquetería alentadora veía en su propia actitud. ¿Cómo empezó? ¡Ah! sí. Estaban hablando de que la leña de espino era la mejor para calentar el horno. Después de un largo silencio había dicho:— «Mi Rosita quería...»

¡Oh, qué horror! De no haber huído ¿qué no hubiera pasado? Y esto «lo que hubiera pasado» le sublevaba las entrañas en un espasmo repulsivo que le humedecía el cuerpo.

Volvió a ver la cara del mozo, cerca, cerca, casi tocando la suya. Veía los ojos que inmovilizaban su mirada. Sentía el aliento cálido metérsele ser adentro. ¡Oh!

De un brinco se tiró al suelo, quedándose en medio de la habitación alelada por la ola extraña que un momento la cogió en su rodar. Parecía observarse, esperar algo, no sabía qué, pero algo enorme y pavoroso que iba a suceder de pronto.

Lo que pasó fué que sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas, llorando angustiosamente, retorciéndose las manos con gestos bruscos, desesperada porque sentía en la carne tremante la fiebre de «lo que no había pasado».

* * *

Eran cinco las carretas entoldadas que lentamente iban subiendo montaña arriba, en busca del claro en que permanecerían mientras durara la cosecha de piñones.

El camino abandonado, lleno de pedruzcos y baches, trepaba en curvas violentas hacia la cumbre. Era la última repechada que faltaba por ascender en aquella sucesión de montañas que se escalonaban hasta llegar a las primeras estribaciones de la cordillera.

A trechos se daba un descanso a los bueyes. Detenida la caravana en terreno plano, bajaban todos a desentumecer los músculos, platicando alegremente, embriagados de holganza y contento.

Pero luego daba don Saladino la voz de partida, se instalaba en su carreta que era la primera, María Rosa se acurrucaba

a su lado y con un largo:—¡Arre! ¡Güey!, el viejo ayudado por la picana ponía en movimiento la yunta.

De baranda a baranda llevaba la carreta un toldo de colihues cubierto por una colcha abigarrada, abajo varios sacos, mantas y choapinos servían de asiento a María Rosa. De las barandas colgaba un canasto, un tarro, una olleta, unas prevenciones y una guitarra. Dos perros lanudos trotaban detrás.

Las otras carretas iban aperadas más o menos lo mismo, con la única diferencia notable que una llevaba amarrado a una soga un cerdo que a veces se negaba a caminar, provocando divertidos incidentes. Varios chiquillos bajaban entonces de las carretas con lijereza de monos y con grande algazara, entre los gritos de los hombres, los chillidos de las mujeres y los ladridos de los perros, arreaban al cerdo, obligándolo a caminar. Pero como estas escenas fuéranse haciendo cada vez más frecuentes, acabaron por liar al cerdo en un saco, amarrarlo y echarlo a la carreta con gran holgorio de todos, ya que el prisionero berreaba protestando, desesperado y ensordecedor.

La vegetación era más salvaje que en la hacienda. Allí el hombre había pulido su belleza, sacando a luz mediante el hacha y el fuego la tierra aterciopelada de pasto, dejando ver en lo hondo de las quebradas los ríos rumorosos, echando por los potreros la bendición de los canales fecundadores, trazando las sierpes brunas de los caminos, dibujando las líneas grises de las cercas de palos.

Aquí no. Aquí los árboles lo llenan todo. Árboles verde claro, verde oscuro, verde negro, pequeños, medianos, grandes, enormes, alegres, meditativos, atormentados, florecidos, en fruto, semillados.

Verde claro el palo santo que da a los vientos su perfume exquisito, verde oscuro el maitén pomposo que pide decorar un parque, verde negro el lingue de hojas gruesas y lustrosas como esmalte, pequeño el michay espinudo punteado de negro por los frutos azucarados, medianas las quilas esbeltas y flexibles, susurrantes y secreteras, grandes los raulíes greñudos, enormes los robles de troncos rugosos acusadores de vejez,

alegres los avellanos en el cambiante color de sus bolas rojas, amarillas y negras, meditativas las araucarias que añoraran el pasado glorioso, atormentados los árboles secos próximos a ser derribados por la muerte, florecidas las fucsias en campanas rojas y violáceas que asoman el badajo blanco, en fruto los cohiles que gustan a chirimoya, semilladas las copihueras que amorosamente se abrazan a los troncos.

Arboles, árboles, siempre árboles...

Ya arriba, en el claro que se abría en círculo, las carretas hicieron el alto definitivo. Bajaron todos y un gran movimiento empezó, yendo y viniendo entre grandes voces y risas, hombres, mujeres y niños, ocupados en desenyugar, en buscar leña, en traer agua, en prender fuego, en recoger piñones, en preparar la comida.

—Qué se me haiga olvidado la sal... ¿No tenís vos una poquita que me dís?—dijo Clementina.

—Ya voy a darle—contestó María Rosa que de pie en la carreta descolgaba sus trastos.

—Hasta los mismos calzones se te ven, condená... Mirá, aguaita quen te está mirando que te traga.

María Rosa se dejó caer de rodillas en la carreta y volviendo la cara al sitio que Clementina le indicaba con el gesto, se encontró con Pancho Ocares que la miraba fija y sostenidamente.

—Me tiene más fregá este mozo... —murmuró molesta.

—Sus gabelas tiene ser la Flor del Quillen—dijo Clementina, riendo luego con todo el cuerpo en una alegría bestial que en lo hondo era sólo envidia.

—Yo no sé di'onde han sacao esa lesera de mentarme así.

—Pero niña ¡no seáis tonta! Ejate querer y riete e too. Si no juera por la risa, nos pasaríamos la vía llorando. ¡Ja! ¡Ja! —y reía, convulsionada, jadeante, terminando en hipo prolongado.

—Cada uno tiene su moo e ser.

—El tuyo agora me está gustando hartazo. Tenís razón, hijita,

pal güey viejo no es el pasto tierno... —la miraba con una malicia aguda en las pupilas muy negras.

—¿Qué querís icir con eso?—preguntó la otra violentamente.

—Tú bien sabís...

—Yo no sé na... y no me gustan las medias palabras —la barbilla le temblaba en la ira y los ojos, como puñales, se hundieron en los de Clementina que bajó los párpados.

—Güeno, güeno—dijo disculpándose y agregó humildemente: —¿No me querís dar la sal?

—Aquí está. Tome.

María Rosa refrenó su ira y sin alteración aparente abrió el canasto, entregando un puñado de sal a la mujer.

—Muchas gracias. Ya sabís que si en algo pueo servirte con too gusto lo haré... —sonreía taimada, contraponiendo las palabras y el tono a la intención oculta.

Y se alejó sonriendo siempre, saco de sebo lleno de feas malicias, pero saco prometededor de placeres carnales, que encendía una chispa de lujuria en los ojos masculinos que encontraba al paso.

Era una mozarrona exuberante de formas que vivía con el mayordomo «así no más», teniendo fama de mujer fácil y temible por lo chismosa y enredadora.

Ceñuda la miraba María Rosa alejarse, pensando que entre Pancho Ocares cortejándola descaradamente y aquella mala hembra de Clementina con sus suposiciones ofensivas, iban a amargarle los días que pasaran en la montaña.

Como en años anteriores, con otros pobladores de la hacienda, don Saladino y María Rosa iban en busca de piñones, el alimento básico del montañés durante los largos meses de invierno, cuando los caminos son barrizales intransitables y la lluvia y la nieve aísla las pueblas del villorrio cercano.

Los días que siguieron a la declaración del mozo fueron para María Rosa de angustiosa alerta. No se sentía en seguridad sino en la casa, encerrada, a obscuras. Los quehaceres la obligaban a salir de su guarida y era para ella un suplicio ir de la casa a la cocina, con los ojos avizores escudriñando los ho-

rizontes, con el oído tenso a todo rumor, hiperestesiados todos los sentidos por la posibilidad de un encuentro con el mozo. No dejaba que los perros la abandonaran un instante y para mayor certeza de defensa, traía un rebenque colgado a la cintura.

Estos sobresaltos y estas precauciones eran bien inútiles, porque Pancho Ocares no daba señales de vida, y María Rosa fuése poco a poco tranquilizando, diciéndose que la fiereza de su actitud había ahuyentado para siempre al mozo, y que además había hecho bien ocultando el incidente a don Saladino.

Pero a medida que este sentimiento de seguridad aumentaba al correr de los días, iba notando que otro sentimiento de desencanto, de vacío, de tristeza inmotivada, surgía del fondo de su ser.

A fuerza de preguntarse anhelante todas las mañanas:—¿Qué iría a pasar hoy? y ver por la noche que no había pasado nada, pero absolutamente nada, el día en que María Rosa se convenció de que no debía esperar nada, de que ya nunca pasaría nada, de que su vida sería una sucesión de días iguales, sin nada, pero nada que diferenciara uno de otro, se echó a llorar desesperadamente, sintiendo que en realidad su vida entraba en la nada.

Entonces se refugió en el recuerdo de Pancho Ocares, reviviendo con una intensidad que llegaba a hacerle daño cuanta entrevista tuvieran. Tenía la carne limpia de fiebre de deseo. Aquel vértigo que la cogiera en su espiral una tarde había pasado. Ahora vivía sólo de recuerdos proyectados sobre la tela blanca de sus horas.

La reacción, la vuelta a la ira, se produjo al ver a Pancho formar parte de la caravana, agregado a la carreta de Clementina y comprender que alguna confianza le había hecho a la moza, ya que en cuanto la viera empezó a lanzarle pullas, alusiones y bromas malévolas.

¿Qué mentira le contaría Pancho para que así se atreviera a hablarle? Y no sólo era Clementina quien la hostigaba. María Rosa veía en todos los ojos una muda pregunta maliciosa. ¿Qué quería decir aquello? ¿La creerían acaso en relaciones con el mozo?

Queriendo parecer natural componía una actitud afectada. Hasta entonces—en ocasiones semejantes—se la rodeaba de atenciones, consultándola para todo, haciéndola palpar el sitio aparte en que la tenían. Ahora los hombres la trataban familiarmente, de igual a igual, y las mujeres—salvo Clementina—la aislaban, convirtiéndola en blanco de miradas y cuchicheos.

Sin saber cómo, sacó de las prevenciones un pedazo de charqui, un trozo de repollo, papas, cebollas, choclos, ají verde, colocándolo todo en una olleta y con ella en una mano y en la otra el tarro, se fué a la fogata que en el centro alzaba su lengua roja, vahorosa de negro humo.

Atardecía en una dulzura infinita de gamas. Nubecillas rosadas se iban disgregando en girones traslúcidos, apenas perceptibles, que terminaban por diluirse en la tonalidad azul del cielo. El sol bajaba palideciendo y ya su enorme disco podía mirarse sin que cegara. Y cuanto más descendía, más perceptible se iba haciendo la luna en creciente, fuentecilla de plata, bebedero de ensueños de todos los sedientos.

Al roce del sol la cordillera se teñía de rosa para luego ser azulina. En los flancos de Lonquimay los rodados marcaban su paso con una línea blanca, deslumbradora, que iba a perderse en la sombra de un precipicio; el Llaima se choperoneaba con una nube opalina y el Mocho mostraba las aristas agudas de su molar fulgurante de nieve.

Hacia el poniente el paisaje se perdía en la verde masa de los árboles rumorosos y fragantes, manchados de ocre por los claros y de plata por las torrenteras.

Máximo Gorki

Los caminos de mi vida

El novelista ruso Máximo Gorki, que vive actualmente en Italia, no ha cesado en su actividad intelectual. En un número reciente de una revista francesa hemos encontrado el comienzo de una serie de cuadros novelescos que el genial escritor eslavo ha escrito en los últimos años. No hemos podido resistir al deseo de ofrecer a los lectores de ATENEA la primicia de la traducción de unas cuantas páginas de este nuevo libro.

INVESTIGADOR

GERCA de dos meses antes de su muerte, L. N. Sviatuchin me contó lo siguiente:

—De todos los asesinos que pasaron frente a mí durante trece años, sólo el carretero Merkulof me inspiró un sentimiento de terror ante el hombre y por el hombre. Por lo general el asesino es un ser irremediablemente estúpido, un sub-hombre, incapaz de darse cuenta de su crimen, o bien un malhechor astuto, un zorro que chilla al caer en la trampa, o sólo un miserable amargado, importunado por los sinsabores. Pero en cuanto Merkulof apareció frente a mí, sentí algo particularmente in-sólito.

Sviatuchin cerró los ojos, llamando a sus recuerdos.

—Era un gran mujik, de anchas espaldas, de unos cincuenta

años; tenía un hermoso rostro flaco, de esos que se llaman rostros de icono. Una larga barba gris, cabellos rizados igualmente de color gris, placas de calvicie que comenzaban en las sienes. En el medio de la frente un tupé que se levantaba airosamente como un cuerno; contrastando con este tupé, sus ojos grises, inteligentes, profundos.

Exhalando penosamente un tufo cadavérico—el juez del crimen moría de un cáncer al estómago—Sviatuchin arrugó nerviosamente su cara terrosa y sufriente.

—Sobre todo me turbó esa expresión de piedad en la mirada: ¿de qué procedía? Y mi indiferencia de magistrado desapareció para dar lugar a una inquietud curiosa que para mí era nueva y desagradable.

«Respondió a mis preguntas con la voz sombría de un hombre que no tiene la costumbre o el gusto de hablar mucho. Sus respuestas eran breves, precisas; parecía claro que Merkulof estaba dispuesto a hacer declaraciones sinceras. Yo le dirigí palabras que no le había dicho a ningún otro acusado.

—«Usted tiene cara de bueno, Merkulof; no parece ser bandido.

«Entonces, como si hubiese estado de visita, tomó una silla, se echó sobre ella, apoyó las manos en las rodillas y me habló sin detenerse; se habría dicho—es una comparación tonta—que tocaba la cornamusa: la cornamusa tiene un largo cañón sordo, como un bajo.

—«Tú crees, barin *, que porque yo había matado debía ser una bestia salvaje, ¿verdad? No; no soy una bestia y, puesto que lo deseas, te contaré mi vida.

«Y habló, tranquilo, resignado, como los asesinos jamás hablan de sí mismo, sin justificarse, sin tratar de apiadarme».

El juez de instrucción hablaba lenta e indistintamente; sus labios rugosos, cubiertos de una especie de velo gris, se movían con trabajo; a menudo los mojaba con una lengua negruzca, mientras cerraba los ojos.

* Señor, en ruso.

—Quisiera recordar sus propias palabras, que tenían un peso particular. Eran palabras que golpeaban, y su mirada, llena de piedad, también me oprimía. Entiéndame bien: no era una mirada triste sino lastimera. Era ella la que me preguntaba. Y sin embargo, entonces yo tenía aún buena salud...

La primera vez mató en las circunstancias siguientes: una tarde de otoño llevaba a los muelles algunos sacos de azúcar granulada, cuando descubrió que tras de la carretela iba un hombre que había roto uno de los sacos y sacaba de él puñados de azúcar que echaba en sus bolsillos y bajo su camisa. Merkulof se lanzó encima de él y le pegó en la sien; el hombre, entonces, cayó.

—«Hasta le di un puntapié y le quité el saco, pero el hombre seguía echado a mis pies, con la cara en alto, los ojos vueltos y la boca abierta. Tuve miedo, me agaché y le tomé la cabeza: estaba pesada como un adoquín y rodaba de una mano a la otra; los ojos parecían guiñar y la sangre que corría de sus narices me ensució las manos. Entonces me levanté y grité: «Lo he matado».

«Merkulof fué conducido a la policía y luego a la cárcel.

—«Estoy en la prisión, rodeado de criminales, y todo me parece verlo a través de la niebla. No entiendo nada, tengo miedo. No duermo y no puedo comer ni una migaja de pan, porque me pregunto: ¿pero qué es lo que ha pasado? Un hombre caminaba por la calle, yo le pego una bofetada ¡y el hombre se acaba! ¿Qué es esto? ¿Dónde está el alma? Porque no era ni un cordero ni una vaca, sino que seguramente creía en Dios y, aunque tenía otro carácter, era semejante a mí mismo. Y yo he roto mi vida: lo he muerto como si fuese un animal. ¡A mí también se me podría dar un golpe y esto habría terminado! Estos pensamientos me dan tal miedo en la noche, que siento al pelo apretarme la cabeza.

«Mientras hablaba, Merkulof me miraba fijamente y, aunque sus ojos claros estuvieran inmóviles, me parecía ver en sus pupilas grisáceas la luz de sus terrores nocturnos. Había juntado las manos, las había escondido entre sus rodillas y las apretaba

con fuerza. Su asesinato involuntario no le mereció sino una pena leve: se puso fin a la prisión preventiva y se le envió a hacer penitencia a un convento.

—Allá—agregó Merkulof—se colocó junto a mí a un viejo fraile para que me enseñara cómo se debe vivir. Era un viejecito muy amable y que hablaba de Dios sin cesar. Muy bueno. Era para mí como un verdadero padre y siempre me decía: «hijo mío, hijo mío». Yo lo oía, y de vez en cuando le preguntaba: «Bueno, por Dios, ¿por qué el hombre es tan poco sólido? Tú, por ejemplo, padre Pablo, tú amas a Dios y sin duda Dios también te ama. Pero yo puedo darte un golpe y matarte como una mosca. ¿Qué será de tu alma tan amable? Luego lo principal no está en tu alma sino en mi mal pensamiento: puedo matarte a cada instante. Y, en el fondo, yo no tengo tan mal pensamiento: puedo matarme muy afectuosamente, rezando antes. Explicame esto». Pero él no podía explicármelo, y me decía siempre lo mismo: «Es el demonio el que despierta la bestia dentro de ti; él es el que te inquieta». «Yo le respondía: «Es igual que me inquiete o no; enséñame cómo hacer para no sentir más inquietud. No soy un animal, nada hay de bestial en mí, pero mi alma tiene miedo de sí misma». «¡Reza hasta agotarte!» me dijo. Yo recé y llegué a secarme: mis sienes empezaron a blanquear, y no tenía más que veintinueve años. Los rezos no llegaron a vencer mi miedo; hasta cuando rezaba continuaba pensando: «¿Pero qué es lo que hay en esto, Señor? Puedo en un momento hacer morir a cualquiera y otro cualquiera puede matarme cuando desee. Me duermo, y alguien me pasa un cuchillo por el cuello o me golpea la cabeza con un ladrillo o con un palo. ¡Y de tantas otras maneras!

«Estos pensamientos no me dejaban dormir: tenía miedo. Al principio me acostaba con los novicios. Una vez que uno de ellos, en la noche, se agitaba, me levanté y grité: ¿Quién es el que se mueve? Quédense tranquilos, especie de...» Todos tuvieron miedo de mí y yo tenía miedo de todo el mundo. Como se quejaban de mí, fui enviado a la caballeriza con los caballos. Allí estuve más tranquilo: el caballo es un animal que no

tiene alma. Pero, a pesar de esto, no dormía sino con un ojo; tenía miedo».

«Terminada su penitencia, Merkulof volvió a su oficio de carretero. Vivía fuera de la ciudad, en casa de unos hortelanos, pobre y aislado.

— «Vivía como en sueños—me decía—siempre silencioso, evitando las gentes. Los carreteros me preguntaban: «¿Por qué estás tan triste, Iván? ¿Te preparas para entrar al convento?» ¡Mucho me preocupaba yo del convento! En el convento también hay hombres y donde haya hombres existirá el miedo. Yo los miraba a todos y me decía: «¡Que el Señor os proteja! Vuestra Vida es frágil, no tenéis ninguna defensa contra mí y yo no la tengo contra vosotros». Imagínate, barin, cómo sería mi vida con ese peso en el alma».

El juez suspiró y colocó una pequeña cocarda de seda negra sobre su cráneo desnudo y mate como un hueso viejo.

—Al decir esto, Merkulof sonrió, y esta sonrisa inesperada, sin ajuste, torció, desfiguró de tal modo su bello rostro, que yo pensé: «Seguramente es un bruto. Y de cierto con esta misma sonrisa ha muerto a sus víctimas». Me sentí incómodo cuando continuó con algo de despecho:

— «Yo pasaba entre las gentes como una gallina con un huevo, pero el huevo estaba huero, bien lo sabía yo. Estaba a punto de reventar dentro de mí, ¿y entonces qué iba ser de mi alma? Yo no lo sabía, ni llegaba siquiera a imaginármelo, pero comprendía que esto debía ser muy espantoso.

«Le pregunté si había pensado en el suicidio. Después de un instante de silencio, alzando las cejas, respondió:

— «No me acuerdo; creo que no pensé en él ni una sola vez.

«Y a su turno me preguntó, muy sorprendido y, al parecer, sinceramente:

— «¿Cómo no he pensado en él? Es curioso...

«Se dió un golpe en las rodillas, miró a un rincón y gruñó como si se le hubiera hostigado:

— «Mira, señor: yo no quería libertar mi alma. Estaba demasiado torturado por su curiosidad para los hombres, por su

molesta cobardía. Me había olvidado de mí mismo. Durante ese tiempo, ella calculaba: «Si se mata a éste, ¿qué sucederá?» Sí, ella calculaba».

«Dos años después, Merkulof mató a la hija medio loca del hortelano. Me contó este asesinato en términos confusos; sin duda no comprendía él mismo los motivos de su crimen. Según decía, la chica era idiota:

— «Tenía eclipses de la razón; de repente dejaba de hacer los arriates, de escardar la tierra, y se iba no sé a dónde, con los ojos vueltos, sonriendo, como si alguien invisible la atrajera a sí. Chocaba con los árboles, con las palizadas y con los muros, como si quisiera pasar a través de ellos. Un día caminó sobre un rastrillo, desgarrándose el pie; la sangre le corría, pero ella seguía andando, sin sentir nada, sin hacer siquiera un gesto. Era una muchacha fea y gorda, pero crapulosa por su tontería. Corría detrás de los hombres, que naturalmente se aprovechaban de su locura. Lo que me tentaba era que no le pasaba nada: podía rodar a un pozo o caerse del techo, no se hacía nada. Otra se habría roto un brazo y molido los huesos, pero ella, nada. Se habría dicho que no andaba sobre la tierra. Naturalmente, estaba cubierta de cardenales, de mataduras, pero era de una solidez extraordinaria. Cualquiera habría dicho que estaba sólidamente protegida... La maté en público. Un domingo estaba sentada en un banco, cerca de la puerta, cuando se puso a hacerme arrumacos indecentes. Entonces le aseté un palo. Miré: estaba muerta. Me senté en la tierra junto a ella y hasta lloré. ¿Qué quiere decir esto, Señor? ¡Qué debilidad, qué abandono!»

«Me habló largamente, con sordas palabras, como si delirara, de la debilidad del hombre, y un miedo siniestro alumbraba su mirada. Su rostro de asceta se ensombreció, mientras me decía entre dientes:

— «Piensa, barin, que en este mismo momento yo puedo matarte. ¿Piensas en esto? ¿Quién lo impediría? ¿Dónde está la prohibición? No hay ninguna, no hay nada...

«El asesinato de la muchacha le costó a Merkulof tres años

de prisión; según él la levedad de la pena se debía a que había sido bien defendido. Sin embargo, denigró violentamente a su defensor:

— «Era un joven charlatán desgredado. Siempre gritaba: «¿Quién puede decir algo malo de este hombre? Ninguno de los testigos ha dicho una palabra. En cambio, la víctima era una loca y una perdida». Los defensores son una tontería. Defiéndanme antes de la falta, pero cuando ya la he cometido, no necesito defensa alguna. Agárrenme cuando me detenga, porque si me pongo a correr, correré hasta que caiga, si... La prisión es también tontería, holgazanería, caos. Al salir de la cárcel yo estaba como dormido, no entendía nada. La gente va y viene, a pie, en coche, trabaja, construye casas, y yo no pienso sino en una cosa: «Puedo matar a cualquiera y cualquiera me puede matar a mí». Tenía miedo; parecía que mis brazos se agrandaban, se agrandaban continuamente, hasta llegar a ser como algo ajeno a mí. Me dediqué entonces a beber; no podía más y eso me entonaba.

«Cuando había bebido, lloraba. Me iba al rincón más sombrío y me ponía a llorar; ya no era un hombre sino un loco, ya esa no era vida. Cuando bebía no me embriagaba, pero cuando no había bebido, estaba peor que un borracho. Me ponía entonces a rugir, le rugía a todo el mundo y hacía huir a los hombres, pero tenía miedo de ellos. Siempre me decía: «¿Este me matará a mí o yo lo mataré a él?» Y estaba en la tierra como una mosca en un vaso: el vaso va a estallar y yo voy a caer rodando quién sabe a dónde.

«A mi patrón lo maté por la misma razón: por curiosidad. Era un hombre alegre, simpático y de una audacia extraordinaria. Un día que había habido un incendio en casa de nuestros vecinos, él se había conducido como si hubiese sido inmortal, había entrado derecho al fuego a buscar a la nodriza y después había entrado otra vez a las llamas para coger una petaquita por la cual ella lloraba. Era un hombre feliz. ¡Dios le tenga en su santa gloria! Lo que es torturarlo, a éste lo torturé. A los otros dos los maté de un solo golpe, pero a

éste lo atormenté un poco: quería saber si tenía miedo. Pero era débil y ligerito se ahogó. Al oírlo gritar, las gentes corrieron, me golpearon y me amarraron. Yo les decía: «No son los brazos sino el alma lo que hay que coger. imbéciles».

«Terminado su relato, Merkulof secó con la mano el sudor de su frente y me dió calurosamente este consejo:

—«Condéname con severidad, Nobleza, condéname a muerte; de otra manera... Ni en el baño* podré vivir con hombres. Quiero demasiado a mi alma y ella me disgusta, y también tengo miedo de volver a tentarla y los otros sufrirán por esto... Suprímeme, barin...»

El juez, frunciendo sus ojos mortecinos, me dijo:

—Se suprimió él mismo: se estranguló. Y de un modo extraordinario: con sus propias cadenas, ¡el diablo sabe cómo! Yo no lo ví, el procurador me lo contó: ha sido necesaria, al parecer, una gran fuerza de voluntad para matarse de una manera tan dolorosa y tan incómoda. Esa es la palabra: incómoda...

Luego, cerrando los ojos, el juez murmuró:

—Yo fuí sin duda quien inspiró a Merkulof la idea del suicidio... He aquí, querido, un simple mujik, ya veis... Sí...

UN ESCRITOR FRACASADO

Una noche, en un cabaret muy pobre, en medio de la masa humosa de gentes alegres y medio ebrias, un hombre joven, pero gastado por la vida, me dijo:

—El telegrafista Malachín es el que me perdió.

Bajó la cabeza tocada con un *jockey* ajado, miró bajo la mesa, movió su pierna coja, levantándola con las manos y lanzó un suspiro ronco y prolongado.

—Sí, el telegrafista Malachín. Las muchachas lo llamaban Malacha. Era bajo, esbelto, de mejillas sonrosadas, ojos pardos,

* Prisión rusa, generalmente ubicada en Siberia.

ensombrecidos por las pestañas, y manos de mujer. Era de esos hombres hermosos como los de los grabados. Alegre, amable con todos, era muy bien visto y hasta querido en nuestra pequeña ciudad donde tres mil quinientos habitantes holgaban sin concretarse a las obligaciones más triviales. A los veinticinco años, yo estaba tan penetrado por el aburrimiento de la vida, que mi alma estaba como muda. La sosegada agitación de la gente me irritaba mucho y hasta me horrorizaba. No comprendía el sentido de ella, y todo lo miraba con perplejidad. Un día escribí, sobre esto, una novela, «Cómo vive la gente». En cuanto la terminé, envié el manuscrito a una revista. Esperé la publicación durante ocho días, un mes, dos meses; después no pensé más en ello: ¡esas cosas no han sido hechas para nosotros!

«Tres meses más tarde, y hasta quizás más, me encontré con Malachín que me dijo:

— «Tengo una tarjeta para ti.

«Y me tendió una tarjeta postal donde se leía: «Su novela es cansada y no se la puede considerar como un éxito; pero usted revela poseer condiciones. Envíe otra cosa».

«¿Necesitaré decirle lo contento que me puse? Malachín me dijo amablemente que la tarjeta estaba en su poder hacía tres días... «La había recogido por casualidad en el correo para traértela, pero siempre se me olvidaba. ¿Entonces tú escribes novelas? ¿Aspiras a ser un conde Tolstoy?»

«Nos reímos y luego nos separamos. Pero esa misma tarde, cuando volvía a casa, el diácono, asomado a la ventana de su casa, me gritó:

— «¡Eh, escritorzuelo, yo te...!»

«Y me amenazó con el puño cerrado. En mi alegría, no hice caso de su gesto. Sabía que era un ser fantástico; en su juventud, se le había puesto entrar a la Ópera, pero no había podido ser sino jefe de coro en el obispado y no podía hacer una carrera en provincias por su amor a la libertad de acción. Bebía, y cuando estaba borracho se entretenía en partir nueces con la frente. En su bolsillo llevaba una cajita de fierro con agujeros

en los cuales introducía, en el verano, ranas, y en el invierno, ratones. Llegado el momento oportuno, soltaba los bichos en el cuello de las señoras. Se le perdonaban estas diversiones por su alegre carácter y porque conocía de manera sorprendente las costumbres de los peces. ¡Era un pescador maravilloso! Pero él mismo no comía pescado: tenía miedo de ahogarse con una espina. Todos los que cogía se los daba a sus amigos, con lo cual aumentaba grandemente la simpatía que se tenía por él.

«Yo estaba entonces muy contento. En esa época era un joven modesto, de carácter melancólico, sin que hubiera nada de hermoso en mi figura».

Apretó entre sus labios las guías de su bigote ralo y descolorido, cubriendo a medias el blanco amarillento de sus ojos cansados, y con mano temblorosa se sirvió un vaso de vodka. Sus mejillas fofas estaban abundantemente surcadas por una complicada red de venitas rojas, y su nariz violácea de borracho descendía tristemente sobre su bigote. El vodka no lo excitaba. Refunfuñaba difícilmente y hablaba como si estuviese dormido:

— «Me sentí hermoso y creí ser un personaje importante. Tenía por qué: ¡poseía singulares condiciones! Mi alma cantaba como una alondra. Me puse a escribir duro y parejo; escribía noches enteras. Las palabras manaban de mi pluma. ¡Qué alegría! Observé que los vecinos comenzaban a mirarme con atención especial. ¡Ah! ¡Ah!—pensaba yo.

«Malachin hizo invitarme a casa del gobernador, que tenía una hija muy viva. Había también otros jóvenes. Se interesaron por mí y me preguntaron:

— «¡Ah! ¿Ud. escribe? ¿Desea una tacita de té? ¿Con azúcar?

— «¡Oh, oh!—me decía yo,—¿hasta con azúcar?» Revolví el té con una cuchara y tomé un sorbo. ¿Pero qué es esto? Estaba salado, salado hasta ser amargo como para causar náuseas. Pero, por discreción, continué bebiendo. Y de repente, he aquí que todos se largan a reír en coro. Malachin, interrumpiendo sus carcajadas, me dijo:

— «¿Qué significa esto? Un escritor debe saber distinguir

todas las cosas, y tú no puedes siquiera distinguir el azúcar de la sal. ¿Qué es eso?

«Yo me sentía confundido y me acoquiné.

—«Es una broma por cierto—musité.

«Ellos reían a más y mejor. Después me rogaron que les dijera versos—yo también me había ensayado en la lírica; Malachin lo sabía.—Ellos me decían:

—«Los poetas recitan siempre versos cuando están de visita. Usted debe hacerlo también.

«Pero entonces el hijo del notario, un muchacho mofletudo, intervino:

—«Sólo los militares hacen buenos versos.

«Las niñas trataron de probarle que se equivocaba y yo entonces me fugué discretamente.

«Desde ese día todo el pueblo se puso a acosarme como si fuese un perro vago. El domingo siguiente me encontré al diácono; llevaba sus cañas de pescar y andaba escarbando como un elefante monstruoso.

—«Párate—me gritó.—¿Tú escribes, imbécil? Yo, durante tres años, me preparé para entrar a la Opera y, en suma, no cabe comparación entre tú y yo. Y tú ¿qué eres? ¡Una mosca! Moscas como tú no hacen sino ensuciar el espejo de la literatura; canalla...

«Y me insultó de tal modo que me sentí arrebatado de cólera.

—«¿Qué debo hacer?—me decía.

«Poco después, mi tía—yo era huérfano y habitaba en casa de una tía—me preguntó:

—«He oído decir que tú escribes. Debías dejarte de eso; ya es tiempo que te cases.

«Traté de explicarle que no había en eso nada de reprehensible, que hasta condes y príncipes había que escribían y que, en general, era una ocupación correcta, distinguida; pero ella rompió a llorar, gritando:

—«¡Por Dios, Señor! ¿Y quién te ha enseñado eso, bandido?

«En cuanto a Malachin, no hacía más que hablarme en la calle, y me decía:

— «Buenos días, conde Tolstoy menos un cuarto.

«Había compuesto una estúpida canzoneta que la juventud de la aldea cantaba al verme:

Todos los pajarillos, todos los canarios
cantan de manera encantadora
aun cuando no se les dé
ni un kopek por su canción...

«Vamos—me decía yo—: he aquí el abejorro que ha caído en la pezuña del caballo».

«Se burlaban en tal forma de mí que no me atrevía a salir a la calle. Sobre todo el diácono. Había llegado a ser feroz; a cada instante esperaba que me moliera a golpes.

— «Yo—rugía—he trabajado tres años y tú, canalla...

«En la noche, sentado junto al río, yo reflexionaba:

— «¿Qué es lo que tienen conmigo? ¿Por qué?

«Abajo, junto al río, había un lugar solitario, un pequeño cabo con un bosque de alisos. Allí iba yo a sentarme y, mirando a las aguas, tenía la impresión de que esa corriente sombría, después de haber bañado la aldea, me atravesaba el alma, dejando en ella un sedimento amargo y turbador.

«Conocía a una chica, bordadora de oro, a quien cortejaba con sanas intenciones. Me parecía que yo no le era desagradable. Pero ella empezó a ponerme mala cara y me preguntó con precaución:

— «¿Es verdad que tú has escrito en los diarios algo sobre nosotros, sobre la ciudad?

— «¿Quién te lo ha dicho?

«Después de algunos melindres me contó:

— «Tu escrito cayó en manos de Malachin, que lo leyó a todo el mundo, se burló de ti y se preparó para corregirte porque habías pasado al conde Tolstoy. ¿Por qué diste a Malachin ese escrito?

«La tierra tembló bajo mis pies. En mi novela yo hablaba

sin ninguna benevolencia del gobernador, del diácono, de todo el mundo. En realidad no le había dado a Malachín este malhadado escrito: él mismo lo había tomado en el correo. En ese momento mi amiga me dejó caer todavía otro poco de amargura:

— «Mis amigas se burlan de mí porque me paseo contigo. No sé qué hacer.

«Fuí a casa de Malachín.

— «Te ruego que me devuelvas mi manuscrito.

— «¿Para qué lo quieres—me respondió—puesto que te lo rechazaron?

«No me lo dió nunca. Este hombre me agradaba. He notado que así como los objetos inútiles son más agradables que los útiles, del mismo modo a veces nos gusta un hombre nocivo. Y hay todavía un ejemplo: ningún caballo de trabajo vale más que un caballo de carrera, y sin embargo los hombres viven del trabajo y no de la carrera.

«Llegó la Navidad. Malachín me invitó a disfrazarme y me transformó en diablo: me puso una pelliza vuelta al revés, cuernos de macho cabrío sobre la frente y una máscara en la cara. Se bailó y todo lo demás. Yo transpiraba y sentía que la cara me picaba de un modo insoportable. Volví a la casa; en la calle tres disfrazados pasaron gritándome:

— «¡Vaya con el diablo! ¡Corre que te alcanzamos!

«Traté de salvarme, pero me alcanzaron. No me pegaron muy fuerte, pero la cara me ardía a rabiar. ¿Qué tenía? En la mañana, cuando me acerqué al espejo, me la encontré con un color rojo vivo, las narices hinchadas y los ojos, tumefactos, me lagrimeaban. Descubrí que estaba desfigurado. Habían cubierto el interior de la máscara con algo corrosivo, y como yo había transpirado, la pomada me había arrancado la piel. Cerca de cinco semanas estuve cuidándome; temí perder la vista. Sin embargo, nada; todo pasó.

«Entonces me di cuenta de que no podía quedarme en la aldea. Me fuí sin decir nada. Desde entonces me paseo; hace ya treinta años».

Bajó y cerró los ojos con aire cansado. Parecía tener unos cincuenta años.

—¿De qué vive usted?—le pregunté.

—Soy palafrenero en las canchas de carrera. Le doy informaciones sobre los caballos a un periodista.

Y con una sonrisa lenta y buena, dijo:

—¡Qué nobles animales son los caballos! Nada puede comparárseles. Sin embargo, uno me rompió la pierna.

• Suspiró y agregó dulcemente, como si leyera un verso:

—Es el que más quiero...

EL PASTOR

Timoteo Bortsof, un pastor de la aldea de Vichenki, no es un hombre trivial. Tiene algo de mago y de adivino, cura a los caballos y, a veces, a los hombres; es, también, «juez en asuntos familiares» y, como se llama el mismo sonriendo, «maestro en cestería». Sobresale en trabajos de mimbre: pequeñas balijas, cigarreras, cofrecitos y marcos que adorna con papeles de color y dibujos.

Los mujiks dicen de él, respetuosamente:

—Es un mujik de espíritu vivo, es nuestro ministro.

La chiquillería le teme y lo llama «Tío Tim». En general, toda la aldea siente gran estimación por la inteligencia de Bortsof, por su equidad, su vida sobria y su destreza. En las reuniones es el primer personaje, pero siempre habla el último, después de haber escuchado atentamente a todos los vocingleros.

Cuando no era sino aprendiz de pastor, un toro le dió una cornada en los riñones, y en su juventud los reclutas le rompieron las costillas. Por esto Bortsof camina balanceando de manera extraña su robusto cuerpo. Se diría que tiene el deseo de echarse a tierra hacia el lado derecho, pegando la oreja al suelo para sorprender allí algún secreto, pero que la tierra se le niega y lo aparta.

Tiene unos sesenta años, pero es fornido, de gran pecho y de rostro cobrizo. Sus dientes blancos y apretados están íntegros. Algunos mechones rojos se mezclan a sus cabellos grises; no parece encanecer su pelo sino enrojecer. Su cabellera es tan abundante y espesa que aún en invierno, durante los grandes fríos, no usa sombrero. Con el ganado y los pastorcillos ha adquirido una voz poderosa, pero al resto de la gente le habla con voz lenta e intencionadamente baja, como para que lo escuchen con más atención.

Sobre todo es filósofo. De vez en cuando va a la ciudad para vender sus trabajos de cestería. Ha visto mucho y reflexionado sobre todas las cosas.

De la mañana a la noche permanece sentado en el campo, sobre una colinita, a la sombra de un abedul solitario, o bien en las lindes del bosque, ordena con voz gruesa a los pastores, mientras sus dedos velludos tejen infatigablemente el mimbre: siempre hay cerca de él una gavilla.

—¿Por qué los hombres viven divididos?—se pregunta, y él mismo responde:

—Por la instrucción. Los hombres se dividieron el mismo día que inventaron esas escrituras, los libros, las leyes y los reglamentos. ¡Sí! Tú me mandas, pero yo no puedo comprenderte porque soy ignorante. Por ejemplo, tú eres médico de animales, *veterinario*, como dices; yo también sé algo de animales, pero no podemos entendernos porque la instrucción nos lo impide.

Mientras lo escucho miro su barda de dos colores, rojo y gris, en la cual está comprimida una gran nariz simiesca y de la cual brotan como dos leznas sus ojos verdes de sapo, de maliciosos resplandores. En cuanto a la boca, no la veo. Cuando Bortsof habla, se nota sólo que algo se mueve en su barba y que a través de los pelos luce la blancura fría de una ristra de dientes.

—Y tú estás frente a mí como un hombre de otra lengua, como un alemán. Lo mismo el comisario de la policía o cualquiera otra autoridad. Si me injuria, puedo entenderlo; pero en cuanto se pone a hablar cuerdamente, se hace un foso entre

nosotros. Yo estoy a un lado, él al otro y ambos no nos entendemos. Y el pope: ¿hay quién entienda lo que grita en la iglesia? Estar en la iglesia es como soñar; uno está bien pero es imposible entender nada. El preceptor es la misma cosa. Amontona a los niños y les enseña el aburrimiento durante años. Afortunadamente, los niños al crecer olvidan lo que aprendieron, que sin eso los mujiks también habrían dejado de entenderse. Tú ves, esta es la instrucción que causa a los hombres tanto daño.

Traté de convencerlo de lo contrario, pero sin éxito. Entrecerrando sus ojos arrugados, me escuchaba en silencio, haciendo tal gesto que su bigote salía de su barba como un manojo revuelto. Con aire estúpido y meneando su cabeza testaruda, decía con miserativamente:

—¡Qué hacerle, Dios mío! ¡No entiendo! No sólo no comprendo tus pensamientos sino que ni siquiera tus palabras. Examinemos un poco algunas palabras, ¿eh? Tú dices enseñar y yo entiendo araña, y al mismo tiempo te veo como una araña que tratara de envolverme en su tela como a una mosca. Y tú dices todavía que es necesario que todo el mundo se instruya. Pero eso es insensato, no habrá instrucción suficiente para todos. Alimento tampoco hay demasiado. ¡Ah!, allí tienes a dónde lleva la instrucción.

Es verdad que yo entendía que el pastor se burlaba de mí, pero yo también me había obstinado y tenía deseos de vencer la testarudez del tío Tim. Visiblemente esto le agradaba y cada vez sentía mayor placer en hablar cordialmente conmigo.

Pero después de una de esas charlas me alejé de Bortsof como una pelota golpeada por un bastón.

Una tarde, después de la puesta del sol, se había sentado en un banco cerca de su casa; frente a él, en el agua verde sombría y oleosa del estanque, las ranas croaban; los mosquitos rezongaban tras de nosotros. Bortsof echó a una canasta algunas briznas de mimbre y filosofaba indolentemente, recitándome la lección:

—Bueno: pongámonos de acuerdo: se necesitan hombres va-

lientes. ¿Pero qué es un hombre valiente? Digamos que será el que no roba, da limosnas, trabaja con celo: he aquí uno que sería el mejor. Conoce las leyes; no toca lo que no le pertenece, cuida de tu bienestar, no come hasta reventar y deja algo a los perros; «abrigate bastante y espera en Dios», he aquí lo que él sabe. Esta es la instrucción que necesita. Hombres como éste hacen la solidez de nuestro país, amo de todas las naciones. Este sostén de la tierra nutre a todo el universo y los diferentes pueblos vienen hacia él: los alemanes, los franceses, los turcos, todos vienen a sí. Bien sabes que muchas veces han tratado de conquistarnos; se arman como mejor pueden y marchan derechito sobre Moscú. Y él, sabiamente, espera. Cuando han llegado, los doce pueblos o más aún, entonces se levanta y ¡bum! Todos los agresores muerden el polvo, ¡y nada más! No queda huella de ellos. Y con los años cada vez son menos estos agresores y nosotros cada vez somos más numerosos. No se sabe siquiera qué hacer de nosotros.

«Mientras tanto—continuó—según tú, un hombre bueno es es sólo un desgraciado y hasta podría decirse medio loco. ¿Qué es lo que hace? No se ve que haga nada. ¿Para qué sirve? Aúlla sin motivo sobre cosas que no son para dichas y por esto se le encarcela; he aquí cómo, según tú, se explica un hombre así.

«He conocido uno de éstos; conozco un montón de tipejos de toda laya. Más de una vez Su Nobleza el Ispravnik me ha dicho: «Tú sabes muchas cosas, Bortsof. Tienes una cabeza inteligente». Yo, bien entendido, lo saludaba muy humildemente, pero en mi interior sabía que era un imbécil. Desde que, siete años antes, su mujer había quedado inmovilizada por una parálisis de las piernas, permanecía frente a ella como un perro harto frente a una carroña. Murió el mismo año que ella, dicen que de pena. También se aseguraba que era un hombre bueno. Pero no había en él sino una cosa buena: su caballo. Yo lo cuidé. Era un macho firme, como tallado en bronce.

«El más divertido de este género de hombres era el hijo de nuestra propietaria, una mujer depravada: su marido la había

abandonado y hasta se había ido al extranjero. Era una mujer viva, de nariz aguda. Llevaba anteojos sujetos a la oreja con un hilo negro. Yo era médico, según ella decía. Ella también cuidaba a algunas personas. Una vez, en un incendio, se le quebró una pierna y esto la calmó.

«Su hijo Mitia era mi amigo; cuando chicos, jugamos juntos. Después él desapareció para ir a estudiar y durante muchos años no se le volvió a ver. De pronto—parecía que hubiera salido del pantano—, cuando yo era ya pastor, un día que estaba sentado en la linde del bosque tallando una flauta, lo veo correr hacia mí. «¿Me reconoces?» me preguntó. Se había puesto muy alto, flaco y calvo y llevaba anteojos como su madre. En la mano llevaba un palo terminado en un cucurucho de gasa, a la espalda una correa le sostenía una caja de hierro, sus piernas eran delgadas: era todo un payaso. Cazaba mariposas, cortaba hierbas y malezas como un mago. Me habló como antes, como si yo fuera todavía un pilluelo: «¿Te acuerdas?» Yo vi que la instrucción había hecho de él un imbécil. Tenía miedo de acordarme; entonces ya me había casado. Le pregunté: «¿Qué haces, Mitri Pavlovich?» «Escribo libros sobre la vida de los insectos». «Sí, dije yo, es una ocupación agradable».

«Observándolo bien, advertí que era bueno como un hombre borracho. Los labriegos se pusieron a desplumarlo: uno le preguntaba algo, el otro se le llevaba alguna cosa. Yo hice lo mismo. Tenía un sombrero de paja; era un hermoso sombrero, por él aprendí a trenzar diferentes chucherías. Bien entendido, por amistad no más recibí dinero de él.

«Tenía tanta inteligencia como un ratón. Se había instruido hasta el punto de perder el juicio. A veces decía: «Los mosquitos propagan las fiebres. Hay que tener cuidado con ellos». Yo, naturalmente, no me reía; ponía cara de hacerle caso y le preguntaba: «¿Cómo así?» Entonces él comenzaba a contármelo, ¡Señor! Mil palabras de un sentido no más grueso que el pico de un pájaro. O bien entraba al capítulo de los mujiks: La vida de los mujiks es dura. En ese instante tú podías pedirle lo que quisieras: «Nos ha ido mal, padrecito: ayúdanos». Te habría

dado cien rublos porque era lastimero como una mujer. Yo lo miraba y me decía: «Has querido tener doble vista y vives inútilmente. ¿Qué es lo que haces? Estás bien calzado, bien vestido, comes bien, arriendas tus tierras y tienes mucho dinero. ¿Qué más quieres, especie de imbécil?»

«Cogía los animalitos, lo olfateaba todo, mientras yo lo enviaba a los más sucios lugares de los pantanos. Hay allí en medio de la tierra pozos que tienen una profundidad inmensa. Si los pastores no tienen mucho cuidado y una yaca o un cordero cae allí, puedes ponerte luto. Desaparecen. Bien entendido, él también caía en estos sitios, allí se enredaba y se ponía a gritar».

El pastor fruncía el entrecejo y recorriendo su barba con los dedos, continuó bajito, con manifiesto desprecio:

—Una vez se metió hasta el cuello. Cuando lo sacamos, se quitó el traje y lo puso a secar en una zarza al sol. Entonces le dije a un joven pastor: «Nikolka, ve a esconder los pantalones del barin». El muchacho, contento por hacer una barrabasada, escondió los pantalones. Cuando el sol se entró, llevé el rebaño de nuevo a la casa y el barin se vió obligado a pasearse sin pantalones. Era un día de fiesta y había allí muchas mujeres y chiquillas. ¡Cómo se reían! Pero esto terminó mal para mí. Nikolka contó que yo había sido el autor de esta fantochada. Entonces Mitri vino a mi casa y me amortajó en un largo discurso. Estaba tan excitado que su cara estaba roja y se le saltaban las lágrimas. «He hecho por ti esto y lo otro, y tú...» A partir de ese día nuestra amistad se rompió, y él dejó de reconocermé. Por lo demás, cayó luego enfermo y, hacia la primavera, murió en la ciudad. Tísico...

«Este era sin duda un hombre bueno pero ¿qué tenía de útil? ¿Dónde ponerlo, en qué ocuparlo? Para mí era como una espina en un dedo. Entre los maestros he visto algunos parecidos. Ya se ha dicho: el maestro que no es tonto es imbécil. Un buey. Tuvi- mos un buen profesor, Pedro Alejandrovich. Este, a fuerza de instruirse, llegó a enseñarles a los chicos que el Zar era la causa de todo mal. No se ha podido saber qué era lo que le había hecho el Zar. Fedka Savin, decano del cantón, tuvo la idea de ir a

la ciudad por la policía. Se dió a Fedka una pieza de oro de siete rublos y medio. Respecto al profesor, los gendarmes vinieron una noche a buscarlo. Sí, ¡hay cada cosa!

«Lo repito: las gentes instruídas son gentes de carácter insensato, embrollador. Jamás he visto desprender de ellas una migaja de provecho, sino mucho despecho y odio. Tú también eres un hombre de buena salud, eres sencillo con la gente y comprendes algunas cosas. Pero a pesar de esto, hay en ti algo peligroso y no alcanzo a entenderte. ¿Qué es lo que necesitas? Yo por ejemplo, necesito una petaca de cuero para el tabaco. Sé que si te pido una petaca, la compras y me la regalas. Pero eso es porque el dinero te cuesta poco. Toda la bondad de vosotros los sabios nace de que el dinero no os cuesta muy caro, pues lo ganáis fácilmente. Ahora lo que necesitas, eso no lo sabes ni tú mismo. Mientras que esto en mí es claro como la luz. Yo camino, como si dijéramos, sobre un camino recto y tú das vueltas alrededor por los atajos».

El pastor cerró los ojos, levantó la cabeza, hizo resaltar la nuez de su cuello y extraños rugidos salieron de su barba: reía. Después volvió a hablar:

—Así el otro día tú dijiste: la tierra se mueve. Ya lo había oído decir antes. Se mueve porque la instrucción os ha dado vuelta la cabeza a todos vosotros. Entonces gritáis: ¡la tierra da vueltas! Mentira: la tierra no podría atreverse a dar vueltas porque el hombre lo impediría.

Los ojos de Bortsof brillaban victoriosos. Miraba el disco rojo de la luna en el cielo y observaba su reflejo en el agua oleaginosa del estanque.

—Tú no sabes qué tiempo hará mañana, mientras que yo lo sé: mañana hará mal tiempo. ¿Qué me lo indica? Tú no comprendes eso y no te lo diré.

Liando su cigarro, agregó con suficiencia:

—Un pastor siempre presiente el tiempo...

Esa noche, Bortsof se me hizo antipático. Perdí entonces el deseo de verlo y durante meses dejamos de encontrarnos.

Pero un buen día supe—no sé por quien—que el pastor te-

nía dos sobrinos huérfanos y les costeaba sus estudios, a uno en el Instituto veterinario de Kazan y al otro en el Liceo Vladimiro.

Al hallar a Bortsof en un almacén de cestería una vez, le hice algunos reproches:

—¿Por qué me mentiste tío Tim? Denigras la instrucción y la das a tus sobrinos, ¡y qué instrucción!

Cerró sus ojillos y, repasándose la barba, respondió:

—¿Quién me obliga a decirte la verdad? Por lo demás, el que dice la verdad recibe golpes. Rió como un fauno, balanceándose sobre las piernas y, guiñando el ojo, agregó despacito:

—Mis sobrinos son de mi sangre; tú eres un extraño, como quien dice un pordiosero que pasa. Entonces yo, como todo hombre sensato, trabajo en provecho mío. Que los míos se instruyan, pero no los demás, ¿Has comprendido?

Poniendo en mi hombro su pesada mano, agregó sentenciosamente, con condescendencia:

—Se dice; quieras que no, un pariente es un pariente. Por eso me dedico a los míos. ¿Crees tú que no deseo verlos llegar a ser señores? Bueno, fumemos...

Prendimos nuestros cigarros. Le dije, con tono de aprobación:

—Me has engañado, tío Tim. Eres un buen comediante.

Esto le desagradó, y gruñó:

—Otra palabra que no se entiende. ¡Eres muy divertido, por Dios! Es difícil, pues, para ti hablar como todo el mundo, en ruso:

decirme que soy un payaso. Voso-

tros los instruídos tenéis cos-

tumbres de monos...

Presupuestos falsos y cuentas pendientes

AQUELLAS personas que tienen alguna práctica administrativa conocen desde hace muchos años estas dos enfermedades del Fisco: la falsedad del Presupuesto y la cuenta pendiente. Ellas y los déficit de caja son los índices del desorden en el manejo de fondos públicos.

La insuficiencia de un presupuesto, cosa muy distinta de su falsedad, y las crisis propiamente económicas del Estado, aquellas que afectan a la integridad de sus fuentes de recursos, provienen de factores sociales o de problemas de política general de la economía que no dicen relación directa con la buena o mala marcha de la administración.

Pudiera encontrarse arbitraria la clasificación de conceptos que envuelven las líneas anteriores; pero esto no importa ya que este artículo tiende sólo a explicar algunas formas de falsificar una Ley de Presupuestos y de producirse las cuentas pendientes.

Presupuestos falsos.—Se dice que un Presupuesto es falso o insincero cuando sus ítem consultan menos fondos que los que han de invertirse efectivamente en el objeto a que están destinados. Es curiosa cualidad de estos ítem que el exceso en los gastos se produce sin obstáculo ni advertencia de nadie. Se comprueba al cotejar la Cuenta de Inversión con el Presupuesto.

Antes de la Ley Orgánica de Presupuestos (13-Noviembre-

1925) los ítem a que se cargaban sentencias judiciales y nuevas pensiones de jubilación eran generalmente de esta clase. Entonces la ley autorizaba el exceso con estos fines, sin que el Tribunal de Cuentas pudiera objetar los decretos del Presidente de la República.

La Ley Orgánica ha terminado con estas irregularidades; pero ha subsistido una situación anormal para otros ítem, que indudablemente, es la más importante de todas. Es la de aquellos que consultan fondos en globo para remuneraciones variables establecidas sólo en la proporción en que deben pagarse y no en la cantidad líquida que puede corresponder a cada empleado.

Así, por ejemplo, leyes de efectos permanentes o simplemente el Presupuesto conceden un porcentaje sobre el sueldo como gratificación de zona a empleados de algunas provincias. Estos fondos resultan a menudo insuficientes y el sistema acostumbrado para darles inversión ha permitido que se excedan.

Si el ítem se encuentra en gastos fijos, no se necesita decreto especial que autorice los pagos, bastando para ello la promulgación de la Ley, conforme a las reglas generales. Como cada Tesorería va pagando en el transcurso del año sin tomar en cuenta para nada lo que pueda pagarse en otros departamentos, y como, además, la contabilidad central es deficiente y lenta, el exceso en la inversión se produce en forma automática. El dinero girado de más se traduce más tarde en un déficit o en una disminución de los fondos destinados a financiar el Presupuesto del año siguiente.

Si el ítem es de gastos variables y necesita, en consecuencia, ser autorizado por decreto, el procedimiento varía pero el resultado es el mismo. Se procede a ordenar el pago de la gratificación en la proporción establecida en la glosa o en un reglamento y a imputar el gasto *en globo* hasta la concurrencia de la totalidad de los fondos del ítem. Una vez tramitado el decreto se repite la irregularidad indicada para el caso de gastos fijos.

No solamente gratificaciones de zona se encuentran en esta situación, sino también otras de mayor entidad, generales a toda

la República, como quinquenios, trienios y otros aumentos de sueldo. Un error de cálculo de un millón de pesos, pongamos por caso, no se advierte a primera vista, si es que no se han reducido los fondos en forma inconsulta al discutirse la Ley. Téngase presente que existen nueve Ministerios, para cada Ministerio varios de estos ítem y que cada año hay un Presupuesto...

La Misión Kemmerer advirtió este mal y propuso, ignoro si oficialmente, que estos ítem sean siempre de variables, debiéndose autorizar a cada tesorería para invertir cantidades *determinadas*. En esta forma, se abriría una cuenta corriente a la *autorización*, análoga a las de gastos generales (variables) y las planillas mensuales de pago se cargarían a la cuenta corriente como un giro ordinario. Ello exige, naturalmente, una mejor organización de la tesorería y constituye el único procedimiento correcto.

Nos limitamos a estas observaciones sobre falsedad del Presupuesto de Gastos. Quizás de mayor interés fuera considerar los errores habituales en el cálculo de entradas; pero esto, a más de estar tratado concienzudamente en la exposición de motivos de la Ley Kemmerer, nos llevaría a revisar toda la contabilidad fiscal, la percepción de impuestos, en fin, todo lo relacionado con las crisis de caja y de fuentes de ingresos. No habría espacio ni tiempo ni, tal vez, novedad alguna para el lector.

Cuentas pendientes.—Siempre que se ha prestado un servicio o cumplido un contrato que ha reportado beneficio al Estado, sin que se haya recibido el pago que se esperaba, se dice poseer una cuenta pendiente con el Fisco. Pero esto no basta: es necesario, además, que la ley haya previsto la responsabilidad fiscal. Así lo demuestran a diario las objeciones del Tribunal de Cuentas a pagos que, si bien son de equidad, no son conformes a la ley.

Por regla general, el Gobierno no puede contraer obligaciones sino en los límites autorizados por la ley, y los funcionarios, en los límites autorizados por un decreto del cual haya tomado

razón el Tribunal de Cuentas. A su vez, el decreto no es legal si no cabe dentro de la glosa y fondos de la ley.

La autorización de gasto que pudiera otorgar un Ministro por simple oficio no tiene otro alcance que el de hacerle extensiva la responsabilidad del funcionario, sin que por ello el gasto pase a ser de cuenta fiscal.

Los compromisos en que incurren los funcionarios dentro de los límites del Presupuesto y con la aprobación posterior del Gobierno, deben ser de cargo fiscal: de los dos requisitos legales, autorización de la ley y autorización del Gobierno, sólo falta el segundo y no se divisa el motivo por el cual la ratificación del Gobierno no produzca la validación del compromiso. El Gobierno, por lo demás, no podría aprobar el gasto sin disponer al mismo tiempo de fondos para cancelarlo. Estas razones aconsejan consultar el dinero para cuentas pendientes con indicación expresa, a fin de evitar malas interpretaciones, de que puede aplicarse solamente a aquellas que al tiempo de contraerse no excedían el respectivo ítem.

A nuestro juicio, la ratificación del Gobierno a compromisos contraídos dentro de los límites del Presupuesto y que el tesorero fiscal *ha pagado sin cargo a decreto*, no necesita nueva imputación: a la cancelación operada sólo falta un requisito, la autorización del Gobierno, y el gasto ha entrado en la Cuenta de Inversión. (Estas ratificaciones se hacen por medio de «declaraciones de abono a los tesoreros»). Decimos a nuestro juicio, porque en la práctica el Tribunal de Cuentas ha exigido imputación del abono a una ley en vigencia, dándole con esto carácter análogo al de una cuenta pendiente.

(Véanse arts. 21, 44-(2º) y (4º), 72-(10º), 75 de la Constitución, arts. 3, 8, 20, 22 del decreto-ley 718, arts. 13 y 14 ley 20 Setiembre 1884, leyes N.ºs 3491 y 3748).

Ahora bien, ¿puede el Gobierno contraer compromisos en virtud de leyes permanentes una vez agotado el ítem respectivo? Leyes permanentes confieren determinados viáticos a funcionarios que viajan en comisión, derecho a pasajes al que va a hacerse cargo de un empleo, derecho a licencia al empleado enfermo.

La respuesta negativa conduciría a extremos absurdos, como la paralización de servicios fundamentales, pues si el dinero de viáticos, pasajes o suplencias se ha concluído, el Gobierno no podría ordenar visitas, nombrar empleados que deban viajar para asumir su cargo o designar reemplazantes en las licencias. Si se desea mantener la responsabilidad del Fisco dentro de los estrictos límites del Presupuesto, no cabría otro camino que el denegar por ley acción judicial a los acreedores en tales casos, debiendo éstos esperar fondos especiales para cuentas pendientes. Constituirían una especie de obligaciones naturales del Fisco.

Sin entrar a considerar otras fuentes de compromisos análogos, como asignaciones por gastos de instalación de las normalistas y comisiones de estudio conferidas con goce de sueldo, diremos algunas palabras sobre la actual situación de algunos cobros que, dentro de la estricta legalidad, no son de cargo fiscal y que sólo pueden ser cancelados si la ley los acoge expresamente.

El armisticio que puso término a las hostilidades de la Guerra produjo en Chile una fuerte crisis privada y pública. Como consecuencia, los Presupuestos redujeron violentamente los gastos variables, sin que estos últimos se equilibraran con relación a las necesidades efectivas sino algunos años más tarde. Aun hoy se mantienen restringidos. De aquí que los jefes de establecimiento, urgidos por la necesidad de mantener el funcionamiento de los servicios, contrajeran compromisos, pendientes a la fecha, algunas veces autorizados por el Gobierno. En lo relativo a gastos de alimentación, las pensiones de particulares y las cuotas fiscales no se elevaron oportunamente en relación al costo de la vida. Es de equidad el pago de estas cuentas por el Fisco, previo un estudio adecuado de ellas.

Merece consideración aparte un caso especial de cuenta pendiente, el cual, cuando se produce, alcanza a sumar millones de pesos, salvo raras excepciones. Es el de diferencia de remuneraciones ocasionada por modificación retroactiva de un reglamento.

A menudo la remuneración del empleado que fija la ley queda

sujeta a clasificaciones que debe hacer el Presidente de la República, o bien, siendo la ley demasiado comprensiva, se hace necesario un reglamento para aplicarla. Las situaciones que se producen son a veces oscuras y muchas alegaciones plausibles pudieran hacerse en contra del reglamento fundadas en su ilegalidad.

En el derecho privado, un reglamento no puede modificar en ningún aspecto la ley. Si ella es oscura, debe interpretarse conforme a las reglas del Código Civil y esta interpretación, manifestada especialmente en las sentencias judiciales, toma de la ley toda su fuerza, quedando por encima de los decretos del Presidente de la República. La integridad de las doctrinas del derecho privado así lo exige. La coexistencia de una ley y un decreto sobre la misma materia es poco frecuente en derecho privado, mientras que en derecho administrativo es lo normal.

¿Puede aplicarse este criterio a las cuestiones administrativas? Ignoramos que la ley haya resuelto esta cuestión. La práctica sí lo ha hecho.

En derecho administrativo el reglamento debe tener un valor especial, y es del todo ilógico no concedérselo desde el momento en que ciertas meras prácticas, cuando tienen largo tiempo de aplicación, no se modifican sino por ley. (Véase exposición de motivos del decreto-ley 337, que concedió jubilación a los 30 años al profesorado secundario y superior).

No habría Gobierno que se atreviera a modificar, por ejemplo, el reglamento de premios de constancia del profesorado secundario y superior si de esa modificación derivara revisión de lo que se ha pagado hacia atrás hasta el límite de la prescripción extintiva (la ley es de 9 de Enero de 1879).

Los reglamentos sobre estas materias deben modificarse con el tiempo: toda forma de liquidar estas remuneraciones debe estar de acuerdo con las aptitudes del resto de la administración. Las leyes, reglamentos y prácticas administrativas forman un todo orgánico, susceptible de evolución y acomodamiento. Si las modificaciones han de producir perturbación económica, el Gobierno se resistirá a corregir los errores de un decreto.

Como término y para mejor comprensión del lector habituado a manejar disposiciones administrativas, resumimos en forma de artículo lo dicho anteriormente: «...No da derecho a pago de diferencias insolutas de remuneración la derogación, rectificación o modificación de las normas reglamentarias que determinan los emolumentos de los empleados públicos, en servicio o jubilados, aún cuando la causa de innovar fuere mala interpretación de la ley.

«Este artículo sólo afecta a remuneraciones para cuya determinación sea necesario clasificar personal, empleos o establecimientos, o computar servicios al Estado u otros que afecten a remuneraciones o pensiones fiscales.

«El tiempo útil para cualquier efecto legal computado conforme a un reglamento y que posteriormente se declara inútil, se perderá desde la vigencia de la declaración.

«Los decretos reglamentarios a que se refiere este artículo no tendrán ningún efecto retroactivo.

«Todo lo cual se establece siempre que la ley no conceda fondos expresamente para el pago de las referidas remuneraciones insolutas.

«Las disposiciones anteriores son aplicables a las prácticas administrativas».

No se crea que todo esto es ilusorio: conocemos un caso, relativo a un solo servicio público, que costó al Fisco alrededor de siete millones de pesos, por el capítulo de cuentas pendientes. Este es uno de los peligros que envuelve para el Erario la ausencia de un Estatuto Administrativo que sea realmente un código de administración y no una simple ley de sueldos.

Hombres, ideas y libros

Crítica de libros chilenos

TIEMPOS como los actuales, que más que de transición pueden ser calificados de desorientación espiritual y de subversión de los valores tradicionales, son los propicios para el desarrollo de la literatura arbitrista. Los hombres que creen encontrarse en posesión de la verdad; los idealistas ingenuos en cuyas almas no pesa la realidad social; los doctrinarios acérrimos de un credo que no tiene, a veces, asidero: tales son los escritores que se muestran en períodos históricos como el que vive Chile. Es cierto que sus trabajos poseen, por lo general, la actualidad efímera del momento que pasa. Junto con las inquietudes de éste, junto con sus afanes, entusiasmos, peligros y ansiedades se desvanecen sus paradojas, sus proyectos y sus arbitrios.

Pero en Chile, por una fortuna excepcional, los dos años de revolución no nos han traído todavía tal ralea de literatura. Es de esperar que no nos la traerán más adelante, tampoco. Hay, sin embargo, un libro que cabe dentro del rubro general de literatura arbitrista. Me refiero a «Chile y los chilenos», voluminoso estudio social que se debe a la pluma de don Alberto Cabero, abogado y miembro del parlamento actual. Pero este libro es arbitrista sólo por el momento de su publicación, coincidente con agitaciones y cambios políticos que han servido para sembrar inquietudes ya dominadas. No por el tono de sus palabras, no por las condiciones interiores que lo distinguen.

«Chile y los chilenos» es precisamente una monografía de

nuestro país y de su raza y de los principales acontecimientos que han sufrido uno y otra durante los últimos trescientos años. En efecto, este estudio comprende todos los aspectos que el escritor inteligente puede distinguir en la corteza y en el fondo de la vida chilena, tanto en el momento actual como en la evolución del país en los ciento dieciséis años de vida independiente, sin menospreciar por cierto las condiciones étnicas y sociales de la población que los españoles encontraron en esta tierra al emprender su conquista y colonización. El autor demuestra haberse documentado muy completamente para escribir su obra. No le son desconocidos los libros históricos y por medio de la luz que ellos arrojan sobre la vida del pasado, ha llegado a sorprender la verdadera fisonomía del país en los períodos ya idos de su desarrollo. Su objeto es muy diferente del que anima al historiador común. El señor Cabero no ha pretendido hacer una historia más, sino deducir del esquema de la historia nacional algunas lecciones prácticas y provechosas para los hombres de hoy y de mañana. Para ello, naturalmente, no se ha contentado con los trabajos parciales ya hechos. Dueño de un espíritu de observación preciso y claro, que le permite distinguir en los hechos lo fundamental de lo accesorio, el señor Cabero ha recorrido todo el país, ha frecuentado los más diversos medios sociales, ha conocido la vida nacional en sus más opuestas manifestaciones. El aporte personal de su obra es muy grande. Muchos de los rasgos más felices de su trabajo son observaciones enteramente originales, desprendidas por el señor Cabero de la entraña misma de la vida chilena, que conoce—lo repetimos—como muy pocos de nuestros escritores.

Tiene la obra del señor Cabero otro mérito no despreciable: es una obra de sinceridad, de verdad. No adula al pueblo chileno; no pretende justificar sus defectos. Con serenidad propia de quien conoce el alcance preciso de lo que dice, el autor expone cuáles son las flaquezas de la raza y en la animada descripción que hace de la *fisonomía nacional*, no olvida todo aquello que se opone al progreso, esteriliza los esfuerzos comunes y hace infructuosos, a veces, los esfuerzos de los gobernantes.

tes y los preceptos de la legislación. Desde este punto de vista, este libro modesto que ha aparecido sin réclame alguna y que ha sido buscado con entusiasmo y leído atentamente sólo por un grupo de personas que tienen algún interés por este género de estudios, es infinitamente más valioso para comprender el alma de nuestro pueblo, el sentido de nuestra evolución social y las verdaderas posibilidades nacionales, que la famosa «Raza Chilena», de don Nicolás Palacios, «obra patriótica, no científica», como dice tan acertadamente el señor Cabero.

Un tercer mérito que no se puede silenciar es la imparcialidad del señor Cabero, su tolerancia, su espíritu ecuménico, dueño del más sensato eclecticismo. Yerra el que suponga que el autor, por ser radical, hace en su obra, política susceptible de catalogarse en un partido. Nada más lejos del espíritu del señor Cabero. La intención de su libro está muy por encima de las banderías, de los programas y de las divisiones ideológicas. Mira sólo a los problemas nacionales; observa sin apasionamiento el carácter de la raza y de él deduce las reacciones posibles; analiza los hechos culminantes de la historia y al final, no propone más que esto: «¡Arriba los corazones!». Quiere contagiar a sus lectores la impresión de íntimo optimismo que ha dominado su ánimo al terminar su trabajo; quiere sembrar en todos la semilla de una fe en el porvenir, de una confianza en las fuerzas propias que a veces parecen vacilar en las gentes chilenas.

Pocas obras de tanto mérito como «Chile y los chilenos» se han publicado en los últimos años. Demos a su autor el aplauso que legítimamente merece por la cuantía de su esfuerzo y el valor inapreciable de su lección.

* * *

Hace ya cerca de dos años los ambientes literarios de todos los países de habla española están dominados por una preocupación singular. Consiste ella en averiguar lo que hay de verdadero o de falso en un libro que tienda la explicación de los

fenómenos que actualmente manifiesta el arte. Este libro, titulado «La deshumanización del arte», ha sido escrito por el pensador español José Ortega y Gasset. Su tema podría justificar, sólo en parte, el interés suscitado; pero sólo en parte. Cuando el arte se renueva, o más bien, cuando el arte atraviesa una época de destrucción de los viejos valores para dar salida a los nuevos, (pues el arte siempre se renueva, pero sólo cada cierto tiempo cambia tan radicalmente de frente como hoy lo vemos), cualquiera disquisición sobre el arte tiene interés. Pero en el libro de Ortega y Gasset hay algo más. Hay la ecuación personal, traducida en el deleite de un estilo soberanamente bello y en un movimiento, que podría llamarse centelleante, de las ideas. Un espíritu femenino de singular agudeza me decía que el dominio de Ortega y Gasset sobre el idioma era de amo fuerte y pletórico.

Ahora bien, el libro de Ortega y Gasset ha merecido tal vez más réplicas que aplausos, más rectificaciones que adhesiones. Me refiero principalmente a Chile, donde «La deshumanización del arte» ha tenido un comentarista de fuste. En el número de Diciembre de esta misma revista don Luis David Cruz Ocampo publicó, efectivamente, un extenso artículo titulado «La intelectualización del arte», recogido después en volumen, que está consagrado al análisis de la obra de Ortega y Gasset.

Para el autor de este folleto, lleno de sugerencias que acaso exijan más detenido desarrollo, en el arte actual no se observa precisamente el fenómeno de deshumanización que acusa Ortega y Gasset sino el de intelectualización. El primero significaría que los artistas volvían definitivamente la espalda a lo humano en el arte, actitud que el señor Cruz no ve en los cultores actuales del arte. En cambio, dice, se observa un movimiento de reacción contra ciertas fórmulas, ya envejecidas, del trato de lo humano en el arte. Finalizan las observaciones del señor Cruz con unas cuantas proposiciones que coloca frente a las de Ortega y Gasset.

A mi entender, en esta cuestión, por lo menos en el sesgo que se le ha dado en nuestro país, se han olvidado algunos

factores que no son de despreciar. Veamos, por ejemplo, las artes decorativas, cuyo auge en la apreciación actual de la humanidad revela de por sí un cambio de frente en el concepto del arte, representativo—¿por qué no decirlo?—de un cambio similar en el concepto mismo de la vida. Las artes decorativas actuales revelan plenamente no sólo el asco a cierta manera de tratar lo humano, que dice el señor Cruz, sino también a todo lo humano en el arte, como asegura Ortega y Gasset. Un ejemplo me permitirá explicar mi pensamiento. Hace algunos años el tintero que se nos vendía como *obra de arte*, (a veces firmada por un artista que como limosna para los filisteos había accedido a la confección de algo decorativo, no puro), tenía un valor y un contenido convencionales. El valor convencional estaba representado por la materia de que estaba hecho el objeto: bronce, metal blanco, cristal de roca, ónix, plata, marfil u otro material rico y caro. En contenido convencional era el tema de la decoración y la manera de tratarlo. ¿Quién no ha visto el tintero que muestra a una mujer que medita junto a un pozo? El tintero en este caso era el pozo y la tinta que contenía era el agua en la cual debían reflejarse, a la vez, el cielo azul y el rostro de la mujer meditabunda... Hoy los tinteros no pretenden ser pozos aptos para la meditación en las causas finales, sino por lo común figuras llenas de ironía y de placentera gracia. Un artista decorador de fama universal, Robj, prodiga en sus tinteros el polichinela, el guardián mofletudo, la colombina clorótica y ambigua, los animales dibujados con deliciosa imprecisión, y emplea en sus trabajos materiales que no tienen magnificencia ni riqueza alguna.

Se me dirá que en esto se revela no precisamente el asco a lo humano en el arte, sino sólo el asco a cierta manera de tratar lo humano en el arte. Bien; admitámoslo. Pero en la evolución de las artes hay algo más. La arquitectura empleó durante bastante tiempo figuras humanas, como las cariátides, para soportar pesadas fábricas, altas metopas, frontones profusamente adornados, cornisas y frisos. Inventó luego la columna, para suplantar a la cariátide o, por lo menos, para alternar con ella en

la construcción. Si la cariátide representa figuras humanas, la columna se inspira en el árbol, y en ambos elementos pueden reconocerse formas vivas petrificadas en el elemento artístico. Hoy la arquitectura abandona ambos caminos y, alejándose cada vez de las formas vivas, inventa sus componentes. Al mismo tiempo las artes decorativas que dependen de la arquitectura y que se traducen en decoraciones murales, en papeles pintados, en muebles, etc., dejan de beneficiar la naturaleza para sus propósitos. De los papeles, de las telas y de los varios objetos que en este orden encontramos, han desaparecido ya las guirnaldas de flores, las figuras humanas, todo lo que es forma viva. Quedan, cuando más, motivos estilizados que se parecen a lo vivo de modo muy limitado, y quedan las creaciones del artista, que trata de libertarse de la imitación de la naturaleza y para ello recurre a elementos abstractos como las formas geométricas en todas sus variedades.

En la pintura, por lo demás, se observan dos movimientos paralelos y de fuerza casi idéntica: mientras el uno conserva cierta ligazón con la forma humana y trata sólo de mostrarla bajo un aspecto insólito, inspirándose, por ejemplo, en los cánones barrocos del arte primitivo, negro, etc.; en otro se aleja con paso decidido de las formas vivas y pinta sólo abstracciones. En el primero vemos todavía obras que tienen al hombre como centro de los afanes y veleidades del artista. Es cierto que las figuras humanas que por allí aparecen tienen poco parecido con las que nos ofrece la realidad, pero deformadas y todo, siguen siendo humanas o, por lo menos, vivas. En el segundo movimiento, el artista huye deliberadamente de todo lo humano y lo vivo y comienza por pintar bodegones y naturalezas muertas o interiores sin figuras, para terminar por traducir en sus telas sólo abstracciones, formas geométricas, valores puramente visuales, sin ningún contenido emocional y, por lo tanto, humano.

Así llegamos a ver que en el fondo no hay oposición entre los pensamientos fundamentales con que tientan la explicación de los fenómenos actuales del arte, Ortega y Gasset y el señor Cruz. El primero quiere deshumanización, el segundo nos habla

de intelectualización. De ambas hay huellas precisas, inconfundibles, en el arte moderno. En mi opinión el interesantísimo análisis de nuestro compatriota no debe ser considerado precisamente como una rectificación de los puntos de vista de Ortega y Gasset sino como un complemento natural de los mismos. Faltaría, pues, armonizar las observaciones de uno y de otro en un tercer trabajo que seguramente estaría más cerca de la verdad que sus antecedentes.

* * *

Un estudio, por somero que sea, de la ciencia pedagógica nos lleva a esta conclusión: la ciencia pedagógica está todavía por hacerse. Las doctrinas que han venido sustentando los filósofos desde varios siglos antes de nuestra era; las aportaciones prácticas de diversos educadores apóstoles, como Pestalozzi; las investigaciones de la psicología aplicada a la educación, que ha comenzado a hacerse sólo a fines del siglo pasado; los nuevos trabajos educacionales que actualmente hacen en Europa y América algunas instituciones animadas de un afán de renovación, y, en fin, las tentativas filosóficas que muchos espíritus superiores realizan para dar a la pedagogía un ideario, son esfuerzos que todavía no se han integrado en un organismo, en una doctrina general, en un cuadro esquemático en que los diversos valores estén subordinados como corresponde. Habría, pues, que rectificar una vez más a Augusto Comte. No es la sociología la última ciencia en la evolución de las ideas humanas. La pedagogía parece ser el esfuerzo que corone esta fábrica constantemente rehecha, a veces desde los cimientos, y que nadie sabe hasta dónde alcanzará.

Estas ideas brevemente expuestas son las que, entre otras muchas, arroja la lectura de un libro de interés actual y permanente, publicado hace poco por una distinguida educadora chilena, la señora Amanda Labarca Hubertson. Este libro, titulado «Nuevas orientaciones de la enseñanza», tiene por objeto diseñar el estado presente de las investigaciones educacionales que

realizan algunos hombres sobresalientes del viejo y del nuevo mundo y formular las enseñanzas que estos trabajos pueden proporcionar para la solución de la cuestión educacional chilena.

La señora Labarca tiene una preparación singular en estas materias. Posiblemente es la mujer chilena que cuente con más materiales y con los más eficaces para un estudio de este género. A su talento natural, a la vivacidad de su espíritu en trance de renovación constante, une la señora Labarca una cultura pedagógica considerable, avalorada con el conocimiento directo de las nuevas experiencias educacionales. En efecto, la señora Labarca ha hecho diversos viajes a los países extranjeros que marcan el desarrollo más avanzado de los estudios pedagógicos, y en ellos ha podido avaluar la trascendencia de las innovaciones y su verdadero sentido. Respecto de este último punto conviene hacer presente, como dice en su libro, que no se trata ahora de un simple cambio de métodos o de programas. La lucha de los innovadores abarca los fundamentos mismos de la educación y afecta, por lo tanto, al sistema filosófico en que se debe basar toda pedagogía. No es, pues, el fenómeno de renovación de la enseñanza un hecho aislado en el revuelto campo de las ideas de hoy. Junto con todo lo que las generaciones actuales revisan, para dar a los hechos y a las ideas una nueva validez tan transitoria como la de los elementos que hoy se hallan en crisis, está la educación. No puede, en consecuencia, hacerse nada que toque sólo a un grupo de estas ideas y estos hechos. Sólo se puede esperar que un esfuerzo común lo renueve todo.

El libro de la señora Labarca viene en un momento de excepcional importancia para la educación de nuestro país. Cediendo a la presión de la realidad social y a las sugerencias de las personas que tienen conocimiento, sea o no profesional, de las nuevas tendencias pedagógicas, el Gobierno accede a revisar la educación nacional. Por el momento su acción se dirige sólo a la estructura, a lo arquitectónico de la educación. Altera la distribución de los servicios, centraliza y a la vez descentraliza, teniendo en vista un propósito de evidente mejoramiento. No quedaría completo el trabajo si no se revisaran los conceptos

que han presidido el desarrollo de la educación chilena y no se reemplazaran por las nuevas ideas que debe tener presente el nuevo carácter de la enseñanza. Esta es la obra verdaderamente difícil; si no se atiende a ella, el simple cambio de organización administrativa, la renovación de la estructura exterior de la enseñanza no darán el resultado que algunos han creído ver envuelto en ellos.

Esta es la importante labor que espera a los nuevos dirigentes de la educación pública y sin duda el gobierno al escogerlos supo que ponía en manos de ellos algo más que la organización administrativa de la enseñanza y hasta algo más que un cambio de métodos y de programas educacionales: el espíritu mismo de la educación chilena y, por ende, el futuro de nuestro pueblo.

El libro de la señora Labarca llega, pues, en momento oportuno, pero su oportunidad no es el único valor que en él se puede señalar. Hay otros que son también resaltantes. Me refiero a la claridad de la exposición doctrinaria, al método riguroso que ha presidido la distribución de las materias y a la perfecta comprensión de las nuevas orientaciones pedagógicas que demuestra este trabajo. Desde este punto de vista, este libro quedará como un verdadero modelo de claridad, de método, de adecuada disposición y de pureza de lenguaje.

RAÚL SILVA CASTRO.

Don Ruperto A. Bahamonde, ex Rector de la Universidad de Chile

HACE ya un año, el 6 de Marzo de 1926, la ciudad de Concepción sufrió la pérdida irreparable de uno de sus hijos predilectos y la Patria se vió privada de un esclarecido ciudadano: don Ruperto A. Bahamonde dejaba de existir en Santiago, víctima de una inesperada y rapidísima enfermedad.

La vida entera de don Ruperto A. Bahamonde fué un constante ejemplo y es orgullo y deber para Concepción rememorarla.

Sus contemporáneos que le han sobrevivido y que le conocieron desde niño, se complacen en recordar la inalterable rectitud de todos sus actos en cada uno de los sucesivos períodos de su existencia.

De carácter afable y modesto, de sentimientos generosos y altruistas, dotado de gran talento, cultivadas tan excelsas cualidades en el sabio hogar paterno en esta ciudad en donde, como dijo el Ministro de Instrucción en sus funerales, «templó su alma de trabajador probo y tesonero», marchó apacible y sereno en la vida bajo el alero del bien y de la virtud, y, apartándose de su camino la maldad y el deshonor, como se apartan de la luz las sombras, avanzó, como a su fin necesario, al éxito y a la gloria.

Estudiante del Liceo de Concepción, recibió su título de abogado a la temprana edad de 21 años en 1884, y fué el ejercicio de esta nobilísima profesión, lo que dió a conocer su poderosa mentalidad.

Profundos conocimientos de las leyes, independencia absoluta

y sorprendente claridad de criterio, que lo hacían aparecer siempre como el más hábil y original intérprete, rapidez de comprensión de las dificultades, instantánea visión de las alegaciones contrarias, acuciosidad ilimitada, precisión de conceptos, indestructible lógica, férrea y ordenada argumentación, nitidez y severidad del estilo, y prodigiosa memoria que solía permitirle alegar horas enteras sin apuntes ni libros a la vista, citando con igual facilidad los pasajes de los autos y las disposiciones legales: fueron otras tantas cualidades suyas que, puestas al servicio de lo que sinceramente creía conforme a la justicia y al derecho, y como en un marco de absoluta lealtad y franqueza, hicieron de él uno de los mejores abogados de Concepción mientras residió en nuestra ciudad, y uno de los mejores de Chile cuando se fué a Santiago.

Como prueba de su rectitud profesional, permítaseme recordar una anécdota de su escritorio: un rico comerciante de otra región vino a consultarlo para ver modo de salvar sus bienes, que pasaban de trescientos mil pesos, porque sus acreedores se aprestaban a perseguirlo judicialmente. El señor Bahamonde se limitó a decirle: «no puedo darle ningún consejo», y como aquel descarriado señor insistiera, expresándole esta vez el gran concepto que de él tenía como abogado hábil, le replicó: «vea, señor, si así hubiera de ejercerse la profesión, no sería profesión de abogado sino carrera de pillos», ante cuya condenatoria respuesta el individuo hubo de retirarse avergonzado.

En 1893 fué llamado a servir la cátedra de Código Civil en el Curso de Leyes de Concepción, y en su desempeño tuvo brillante ocasión de exhibir sus virtudes de abogado y de maestro. Su permanencia en la clase fué una constante lección de ética profesional, tan indispensable ayer como hoy y como siempre a los que aspiran a ser defensores del honor, de la vida, de la libertad y de los bienes ajenos, que todo eso deja el cliente en manos de su abogado.

Aun recuerdan sus ex discípulos, hoy abogados, la benevolencia y habilidad con que dilucidaba las cuestiones y dificultades del Código, sugeridas por él mismo o por sus alumnos.

Cuando en cierta ocasión se le pidieron disculpas por aquellas interminables consultas de dificultades legales, muchas veces capciosas e infundadas, contestó que lejos de molestarle, eso le agradaba, agregando: «Así se estudia el Código». Y, mediante frase tan sencilla, daba a sus alumnos un sabio consejo para disciplinar su criterio jurídico en formación, independizarse de comentarios y explicaciones ajenas y aprender a manejar el Código Civil con sus 2525 artículos, al propio tiempo que despertaba en los jóvenes educandos el interés y cariño por esa obra inmortal de fecunda investigación y de eterno estudio para el abogado y el jurisconsulto.

Es indudablemente gratísimo a quienes fueron sus alumnos hacer este recuerdo de su inteligente y nunca bastante sentido profesor.

* * *

Trasladóse a Santiago, y es oportuno hacer memoria del gran banquete que le fué dado en el Club Concepción por todos los abogados del foro penquista, al cual asistieron los señores Ministros de la Corte de Apelaciones. Fué aquella una despedida realmente tierna y una grandiosa manifestación en la cual apareció en toda su magnitud la personalidad eminente de este hijo de la ciudad.

El señor Bahamonde contestó el discurso de ofrecimiento verdaderamente emocionado. Recuerdo estas palabras textuales que dicen todo su cariño por Concepción y su elevado concepto de sus deberes como padre de familia que no se detiene en sacrificios por sus hijos. «Yo no me iría de Concepción, señores, dijo, si no tuviera cinco hijos que formar, cinco hombres que preparar para la Patria lo mejor posible».

En aquella ocasión disertó también, y en esto fué un vidente, acerca de la necesidad de iniciar un movimiento de opinión tendiente a defender a la Patria y a la sociedad de la ola de corrupción que pretendía envolverla, como lo probaba la frecuencia de actos faltos de honradez en negocios públicos y pri-

vados, viéndose reemplazadas casi habitualmente las virtudes por las malas artes en la consecución del éxito fácil o del dinero. Y dijo entonces el señor Bahamonde que eran los abogados, y especialmente los jóvenes, los llamados a iniciar este movimiento patriótico, ellos en cuyas manos se depositan el honor, la vida y la fortuna cuando están indebidamente amenazados, ellos que tienen una misión social que cumplir y que, como tales, deben ser vigías de la sociedad siempre alertas.

¡Hermosos conceptos dignos de un apóstol, y franca y oportuna voz de alarma digna de un conductor de pueblos!!

* * *

Ya en Santiago, el señor Bahamonde hizo la clase de Derecho Civil como profesor extraordinario; pero luego, invitado por sus propios y voluntarios alumnos, sinceramente modesto y respetuoso de las leyes, presentóse a concurso y examen para obtener la cátedra en propiedad.

Nombrado ya, su personalidad empezó a destacarse en la capital de la República.

Efectivamente, cuando por renuncia del eminente jurisconsulto que desempeñaba el cargo, tratóse de elegir Decano de la Facultad de Leyes, cupo tan insigne honor a don Ruperto Bahamonde, que, puede decirse acababa de llegar; pero que por sus antecedentes y relevantes prendas de carácter, inteligencia y conocimientos que en él se manifestaban a primera vista, era ya suficientemente conocido.

La acción del señor Bahamonde como profesor de Derecho Civil y como Decano, no hizo sino confirmar sus honrosos antecedentes.

Como profesor, fué querido y respetado por sus colegas y por sus alumnos: dilucidaba como nadie las más intrincadas y discutidas cuestiones legales, y su método de enseñanza fué tan original como provechoso a los alumnos, orientándolos a profundizar con verdadero interés y agrado las más difíciles cuestiones de Derecho Civil.

Uno de sus discípulos pronunció en sus funerales un conceptual y sentidísimo discurso haciendo resaltar sus excepcionales dotes como profesor, discurso que terminaba con estas hermosísimas palabras: «Fué por su bondad, por su cultura, por su amor de la justicia, la realidad de un maestro ideal: fué bueno, fué sabio, fué justo».

Como Decano, su obra fué muy fructífera. Mediante su carácter afectuoso y sincero, y respetuoso de los merecimientos, opiniones y derechos de cada cual, encontró en todos los miembros de la Facultad y en el Gobierno, la cooperación más decidida, y fué merced a ello que pudo ver satisfecha la necesidad tanto, tiempo exigida, de la renovación del Plan de Estudios, en cuya colaboración tuvo grandísima parte, no sólo como Decano, sino como incansable obrero de tan pesada labor, buscando y encontrando siempre la armonía entre las diversas opiniones de los señores Consejeros de Instrucción Pública y de los señores miembros de la Facultad, con la opinión propia.

En su carácter de Decano formaba parte del Consejo de Instrucción Pública y en el seno de esta alta Corporación su labor fué también considerable; Concepción y el sur de Chile tienen que agradecerle especialmente su eficacísima intervención en los debates y gestiones que culminaron en la autorización concedida a nuestro Liceo de Hombres para recibir las pruebas de Bachillerato en Humanidades y en Leyes y Ciencias Políticas.

* * *

No terminó aquí la carrera ascensional del ilustre hijo de Concepción: desde el muy honroso puesto de Decano de la Facultad de Leyes fué elevado al de Rector de la Universidad de Chile, el más alto peldaño de la Instrucción Pública de nuestro país y al mismo tiempo el cargo público de mayor responsabilidad y por consiguiente de honor, después de la Presidencia de la República.

Las francas y sinceras declaraciones que hiciera cuando se incorporó al Consejo de Instrucción Pública para presidirlo en su carácter de Rector, de prescindir en absoluto de empeños,

ya fuesen políticos o de amistad, en la provisión de los empleos de la enseñanza, le atraieron una manifestación de adhesión unánime del Consejo, adhesión que fué coronada por la expresión de uno de los señores Consejeros de considerar innecesarias aquellas declaraciones ante quienes, dijo, «conocen las normas a que se ha ceñido durante el tiempo en que desempeñó con aplauso el cargo de Decano de la Facultad de Leyes». En aquella sesión memorable del Consejo, no calló el señor Bahamonde su color político: al contrario, expresó con su habitual franqueza que se honraba de pertenecer al Partido Radical y defendió a este Partido del cargo que ha solido hacérsele de haberse adueñado de la enseñanza pública. «La verdad de las cosas, dijo el señor Bahamonde, es que el Partido Radical, al cual tengo la honra de pertenecer, ha tenido un mayor número de sus miembros en la enseñanza por el hecho de que a él o los partidos liberales avanzados pertenecieran de antemano, tanto los alumnos que ingresaban al Instituto Pedagógico como muchas de las personas que se dedicaban a la enseñanza. Lógicamente, pues, debían figurar en las ternas, y ser nombradas, pero sin que nunca se pensara en ideas políticas». Refirióse también el nuevo Rector en su programa a otros importantes órdenes de consideraciones, de gran interés en la enseñanza: la necesidad de orden material, urgente e imprescindible de mejorar los locales destinados a establecimientos de instrucción, para lo cual no ve otros caminos que la autonomía de la Universidad y su independencia económica, y la necesidad no menos imperiosa del orden moral, de atender con mayor empeño por los educadores a la formación del carácter y de hábitos morales de los educandos, «más indispensable que nunca en esta crisis porque pasa no sólo la República, sino el mundo entero».

«Es indispensable, decía, que los maestros se pongan en contacto más íntimo con sus alumnos e influyan más intensamente en su dirección moral, haciéndoles conocer sus deberes para con la patria, la sociedad y la familia. No basta para ello la cátedra de instrucción cívica, cuyo programa, además de las nociones de economía política que contiene, es más bien un

« resumen de disposiciones legales. Es preciso que estén más
« cerca de ellos, que conversen con ellos, que les den confe-
« rencias, sin recargar los estudios, y que tomen, en fin, la di-
« rección del niño, a fin de que reemplacen verdaderamente a los
« padres de familia, por regla general, hoy bastante descuida-
« dos en esta materia. Los señores Consejeros no ignoran que
« los niños se instruyen en una independencia que antes no se
« conocía; que los padres se inquietan poco por saber qué hacen
« sus hijos en la calle y en el colegio; y que aún es frecuente
« el caso de que, llamados por el Rector del Liceo, para im-
« ponerlos de la conducta o del aprovechamiento del alumno,
« tengan siempre algún pretexto para no conocerlo».

¡Sencillas palabras que envuelven una sabia advertencia y que revelan un espíritu profundamente observador y conocedor del corazón humano, cualidades sublimes de un educador y director de la enseñanza nacional!

El señor Bahamonde, como Rector, hubo de actuar en inquietantes momentos de la vida universitaria cuando se suscitaron en la Escuela de Medicina serias dificultades que amenazaron extenderse a todos los círculos de la Universidad en Santiago y, en general, a todos los estudiantes de Chile; y entonces tuvo oportunidad de exhibir una vez más sus aptitudes de carácter y de inteligencia. Quienes, hasta entonces, por su modestia y por la suavidad de sus finos modales, lo creyeron desprovisto de energía, se convencieron desde el primer momento de que habían estado en el más grande de los errores, porque en el señor Bahamonde los elementos de justicia, independencia y talento que contribuían a formar su criterio, lo hacían inflexible a la vez que sereno en sus bien meditadas y severas resoluciones. Creemos no equivocarnos al decir que en la solución de aquellas dificultades, fijó rumbos felices y contribuyó decisivamente a la restauración del orden y la disciplina, con la aceptación convencida de los propios estudiantes. Jóvenes idealistas, nobles y generosos, sinceros y valientes, en la primavera de la vida, cedieron ante la rectitud, inteligencia y bondad del Rector de la Universidad que se manifestaba ante ellos como un padre

sabio y cariñoso, pero enérgico, que no podía causarles agravio cuando hacía justicia. Tal fué la emocionante declaración hecha por uno de ellos al borde de la tumba del querido maestro que el destino les arrebató prematuramente de entre los brazos.

El que esto escribe oyó al señor Bahamonde expresarse bondadosamente de los jóvenes y censurar a quienes los atacaban ciegamente. «Es menester oírlos, decía, y convencerlos».

Consideraba la reforma de la enseñanza como un justo anhelo de la opinión pública; pero era de parecer, y de ello es útil dejar constancia, que se adoptara la Ley Orgánica de 1879, ley que calificó de «sabiamente construída» como base para la discusión y estudio de lo referente a las enseñanzas media y superior; «ley sabiamente construída, dijo, y que con ligeras modificaciones, puede muy bien adaptarse a las necesidades de la época».

Por lo demás, hay constancia en el Boletín de Instrucción Pública, de su discretísima y fructífera labor como Presidente del Consejo, en el muy corto espacio de tiempo en que le correspondió actuar.

Como Rector, era miembro del Consejo de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, y aquí es oportuno recordar la autorizada información de quien desempeña actualmente el alto cargo de Rector del Instituto Nacional, don Carlos Mondaca, en breves palabras que me permito transcribir:

«No sería completa la semblanza intelectual y moral de don Ruperto Bahamonde, dice el señor Mondaca, si no se dijeran algunas palabras acerca de la enorme labor que tomó sobre sus hombros al organizarse la Caja Nacional de Empleados Públicos. Yo lo vi trabajar con verdadera devoción, sé que rara vez faltó a las sesiones del Consejo, que desempeñó comisiones y que fué verdadera preocupación suya el éxito de la nueva Institución, y sobre todo, su estabilidad. La Caja tiene mucha responsabilidad en su muerte y los empleados debemos saber cuánto tenemos que agradecerle».

* * *

De su alta situación en la enseñanza y elevadísimo concepto en que era tenido, deriváronse múltiples actividades del señor Bahamonde.

Fué presidente de la Comisión nombrada por el Gobierno para reformar el Código Civil, Comisión que fué constituida por todos los profesores de Derecho Civil y de Derecho Comercial. Celebró seis sesiones, al término de las cuales se formuló un proyecto de reforma en lo relativo a la patria potestad de la madre y a la condición civil de la mujer casada, estudio el más completo que se haya hecho sobre la materia. «Intervino en todos los debates dando muestras de sus profundos conocimientos de nuestra legislación, dice un testigo ocular, y muchas de las ideas que la Comisión consagró en la reforma, fueron sugeridas por él, como también fué obra suya la redacción que se dió a varios de los artículos reformados».

* * *

Como todo hombre patriota y atento a sus deberes cívicos, tuvo y sirvió un ideal político: era miembro del Partido Radical, y el programa de este Partido hubo de ser su norma durante toda su vida; pero cumplida con tanta honradez y legitimidad que jamás le salieron al paso los adversarios, y éstos no tuvieron para él sino palabras de respeto y afecto, así como él fué siempre tolerante y respetuoso de las ideas ajenas.

Durante la administración de don Juan Luis Sanfuentes fué llamado como miembro de ese Partido a servir la cartera de Relaciones Exteriores, y su discretísima e inteligente actuación fué reconocida en las siguientes palabras del representante del Gobierno en sus funerales: «Ministro de Relaciones Exteriores en circunstancias delicadas para la política internacional de Chile, «supo con fino tacto resolver en forma acertada cuantas dificultades se presentaron».

Fué Vice-Presidente de la Junta Central y siempre su palabra sincera y convencida fué escuchada con respeto porque era la expresión del justo medio en que se encontraban las más acertadas e inteligentes soluciones.

Rehusó ofertas reiteradas del Norte y del Sur de la República para llevarlo al Senado: «quiero continuar en la Universidad, decía; allí estoy bien y creo servir mejor a mi Patria».

* * *

«Respetado jurisconsulto, sabio profesor de la Escuela de Derecho y sereno estadista, dijo el Ministro de Instrucción, en cada uno de los puestos que le confiara el Supremo Gobierno, dejó huella de su paso».

«Persona de gran modestia no ambicionó nunca títulos ni honores, pero éstos fueron a buscarlo a él, cada vez que alguna situación difícil hacía necesaria la presencia de un hombre de criterio, de conocimientos e inteligencia».

¡Hermosa síntesis de la vida de un hombre para la Historia!

* * *

Por eso decíamos al comienzo de estas líneas que la vida de don Ruperto Bahamonde fué un constante ejemplo y habría sido una permanente enseñanza, aunque no hubiera formado parte de la instrucción pública.

Quiero terminar dedicando a su recuerdo, como para dejarlas indeleblemente grabadas en la losa de la tumba lejana, las siguientes palabras del fondo de mi alma, y como si su eco pudiera alcanzar al eterno más allá ideal:

«Los hijos de Concepción veneran tu memoria y el estudiante y colega que encontró durante varios años generoso sitio a tu lado, deposita aquí una lágrima de la más pura gratitud!»

MAXIMILIANO GAJARDO L.

Concepción, 8 de Marzo de 1927.

“Hombres del Sur”

ESTE libro de cuentos está prologado por Raúl Silva Castro, crítico de mucho talento y gran gusto artístico. No ha vacilado en hacer lo que se debe con un ahijado literario: presentarlo al público manteniéndose a su espalda, pero apoyándolo... No ha seguido el prudente sistema de acompañarlo cariñoso al proscenio, deslizarse a bastidores y dejarlo entregado a su propia suerte, como a un cristiano en el Circo...

¡No!

En un prólogo apretado, substancioso, magnífico, ha dicho sin ambages que «Hombres del Sur» «trae a nuestras letras un nombre nuevo, al que, por las excelencias que encierra este libro, le están reservados muchos triunfos». Y ha dicho la verdad. Verdad que no siempre tenemos la hidalguía de confesar, tratándose de nuestros colegas... Por suerte, en el caso actual, como el triunfo parece rotundo, difícilmente quedarán algunos remisos sin reconocer los méritos sobresalientes de este joven que empieza como un escritor viejo y avezado.

Su obra es un nacimiento intelectual espontáneo. Ha reventado en su cerebro, como revienta a flor de tierra el metal que no puede ya contener en su seno la mina abundante y rica. Seguramente este es el primero de los muchos éxitos que le guarda el porvenir. Lo aplaudirán los pocos hombres que despreciando el respetado qué dirán, se atreven a discutir la importancia de la literatura sobre el box y los toros...

Rojas entra a ella sin balbuceos, porque ha nacido escritor. Entra armado de un estilo conciso, enérgico, simpático, salpicado de chispazos de ironía discreta, como una broma al oído.

No manifiesta cariño maternal por los detalles, palabras o descripciones inútiles. Abrevia. Poda. Pule. Pule, poda y abrevia con buen gusto y sentido de autocrítica.

Es un observador y receptor sensible de la naturaleza. Cuando habla de la Cordillera da pinceladas espléndidas. En dos líneas nos hace ver las cumbres imponentes, la nieve, las quebradas profundas, los precipicios desvanecedores; y sentir, los vientos huracanados, el estruendo del eco repetido y prolongado una, y otra, y otra vez. Todo con arte, sin narcotizarnos con relatos huecos.

Sus creaciones impresionan, agradan y conmueven por lo reales. Poseen vida vigorosa, agitada y modesta como la que ha vivido en cierta época el autor. Semejantes a las de Gorky, se han engendrado en los bajos fondos sociales, al contacto de gentes humildes que luchan rudamente por el pan.

Rojas ha recorrido tierras, buscando impresiones para nutrir su espíritu inquieto y artístico. Ha trabajado de operario en las labores más penosas, para «aprender a hombre»...

Yo conozco sus personajes. He vivido muy cerca, y, a veces, en contacto con ellos. En la Pampa salitrera, en las minas, en el campo, en el cuartel, los he visto trabajar, robar y matarse. Sus gestos, sus palabras, sus hechos, sus vicios y caracteres, el autor de «Hombres del Sur», los ha sacado hábilmente del molde natural sin que hayan sufrido el menor quebranto. Al contrario, les ha dado mayor relieve.

OLEGARIO LAZO BAEZA.

Inglaterra, 1927.

“Poetas de Hispano-América”, por E. Solar Correa

EN el número de Marzo último de la publicación norteamericana «Reviews Hispania», que dedica, como lo señala su nombre, excepcional atención a las cosas hispano-americanas, nuestro compatriota don Arturo Torres Rioseco, colaborador habitual de ATENEÁ, comenta en la forma siguiente el libro mencionado en el título:

El señor Solar Correa nos ofrece una antología hispanoamericana que, con pequeños cambios, podría aceptarse como la mejor hasta el día. El período clásico que el coleccionador señala entre 1810 y 1840 está representado por tres poetas generalmente aceptados como de tal tendencia: Olmedo, Bello y Heredia, aunque el primero y el último son en verdad los poetas de vanguardia de nuestro romanticismo. Agrega en esta parte nuestro autor un cuarto poeta: la chilena Mercedes Marín del Solar, que pudiera suprimirse de la antología sin que ésta perdiese.

Entre los románticos (1840-1888) notamos la presencia de Plácido, Gómez de Avellaneda, Mármol, G. Gutiérrez González, Blest Gana, Salaverry, Llona, Obligado, de la Barra, Andrade, Soffia, Acuña, José Antonio Maitín y Zorrilla de San Martín. No son todos los que están ni están todos los que son, pero en fin, dentro de nuestra desorientación literaria no puede pedirse más. Únicamente hace verdadera falta el nombre del argentino Echeverría, más por su gran significación histórica que por su valor individual estético. No hay que olvidar que él nos introdujo al romanticismo allá.

Entre los modernos incluye el señor Solar Correa a los precursores del modernismo omitiendo imperdonablemente el nombre

de Martí, una de las figuras más importantes en nuestra renovación literaria. Agrega además varios nombres menos conocidos, como los de los chilenos Pedro Antonio González y Vicuña Cifuentes. El primero, huguesco y desenfrenado, es de dudoso valor; el segundo es probablemente el mejor poeta chileno de estos tiempos. En seguida nos da el señor Solar buenas selecciones de Darío, Lugones, Nervo, Jaimes Freyre, González Martínez, Valencia, Blanco Fombona, Herrera y Reissig, Chocano: los verdaderos modernistas.

La última parte de esta antología está formada por algunos nombres nuevos. Abre la lista María Enriqueta, la harmoniosa escritora mexicana. Creemos que María Enriqueta es mejor prosista que poeta. En seguida vienen algunos poemas de Magallanes Moure, el mejor poeta que tuvo Chile (exceptuando a Max Jara) hasta 1924. Luego nos presenta versos de Carlos Pezoa Velis, chileno de renombre continental ya. Creemos que Luis Felipe Contardo, que viene a continuación, no hizo obra de mérito para figurar en una antología americana. Las poetisas están representadas por Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou, muy bien. Hay que felicitar al autor por haber incluido a tres excelentes poetas que no figuran en otras antologías: Carriego, Capdevilla y Medardo Angel Silva.

Entre los nuevos nos habría gustado ver otros nombres de grandes poetas, tales como Arévalo Martínez, E. Banchs, J. M. Eguren, Luis Carlos López. Entre los modernistas no hay razón para omitir a Othon, Tablada, Leopoldo Díaz, Juana Borrero. Y desde luego nos habría gustado ver la selección de todo el libro encabezada por el nombre glorioso de Sor Juana Inés de la Cruz.

Todos los americanistas y los escritores de nuestra lengua deben agradecer al señor Solar Correa este libro cuerdo y bien orientado. Hay cambios que se imponen y ya los hemos señalado. Con todo, como dije más arriba, esta antología es probablemente la mejor que se haya hecho en nuestros países.

A. TORRES RIOSECO.

NOTICIARIO

EN los primeros días de Abril se ha puesto término en Madrid a la Asamblea Nacional del Libro, congreso en el cual se debatieron problemas editoriales de suma importancia. A esta Asamblea concurrieron los editores españoles y representantes de las industrias y artes relacionadas con el libro. Algunos de los puntos tratados fueron la propiedad intelectual, tanto desde el punto de vista de su cumplimiento dentro de España como en lo que toca a las ediciones clandestinas que se hacen en América; fijación de una política de aranceles protectores del libro español; protección del libro con medidas inmediatas—como la fundación de bibliotecas y fomento de las existentes—y mediatas—robustecimiento de la cultura, aumento de escuelas, etc. En esta Asamblea, que ha tenido la mayor importancia, como se apreciará por los asuntos debatidos, se notó, según dicen los periódicos que nos informan, la falta de los escritores. Faltó, pues, la opinión de un gremio que también tiene algo que ver con la cultura y los negocios editoriales.

—Federico Lesèvre ha publicado recientemente la cuarta serie de «Une heure avec...» En estos volúmenes reúne el distinguido ensayista y periodista literario sus entrevistas con escritores, artistas, políticos, sean franceses o extranjeros, que tienen un instante de actualidad.

—En un número reciente de «Les nouvelles littéraires» se publica un interesante artículo de Jean Cassou sobre Pío Baroja. Es un trabajo breve pero que revela profundo conocimiento

de la obra barojiana y fija unas cuantas ideas fundamentales sobre su manera.

—Ultimamente Azorín ha estrenado en Madrid un tercer ensayo dramático, titulado «Doctor Death, tres a cinco», que como sus hermanos mayores fué mal recibido por el público. Azorín no desmaya en su intento de ser dramaturgo, y al público y a la crítica hostiles ha respondido con gallardos artículos destinados a asentar sus ideas escénicas como las del porvenir.

—Para llenar una vacante en la Academia Española se ha elegido hace poco al poeta don Antonio Machado, autor de unos cuantos volúmenes de versos que han merecido a lo largo de varios años el aplauso de la crítica. Por los mismos días de su elección se estrenó con éxito en Madrid un drama de los hermanos Manuel y Antonio Machado, titulado «Juan de Mañana».

—Otra noticia académica: El número de los miembros de la corporación ha sido aumentado por decreto de hace algunos meses, en ocho, que tienen el carácter de representantes de las más importantes regiones españolas. Para ocupar uno de los sillones atribuidos a Cataluña se designó a Eugenio D'Ors, el sutil autor de «Glosario», famoso ya tanto en catalán como en castellano.

—¿Queréis saber cuántos libros se publicaron en Francia en 1925? Pues nada menos que 15,054, entre los cuales son propiamente literarios sólo 3,892. Es curioso anotar la escasa producción poética, que alcanzó a 543 obras, contra 1,667 novelas. ¿Podría desprenderse de aquí alguna opinión crítica sobre los rumbos de la literatura?

—Balzac, a pesar de los años, sigue siendo un buen tema literario. En otras ocasiones hemos informado sobre los diversos libros que últimamente se le han dedicado. Recordemos ahora

uno de Charles Leger, titulado «A la recherche de Balzac», que se anuncia para dentro de poco.

—En un número de la revista «Europe» que acaba de aparecer, se lee un encantador artículo de Romain Rolland sobre Beethoven. El escritor francés es, como no ignora el lector, autor de un hermoso libro sobre el músico alemán cuyo centenario se ha celebrado últimamente. En este artículo cuenta Rolland cómo escribió su obra y todo lo que hay en ella de profundo desde el punto de vista de sus ideas personales sobre la vida y el arte.

—Ha muerto en Francia el ilustre químico Daniel Berthelot, hijo del químico Marcelino Berthelot y autor de numerosos trabajos que cuentan entre los más importantes de la ciencia química de los últimos treinta años.

—El Gobierno mexicano ha nombrado Embajador en la Argentina al distinguido escritor, poeta y ensayista Alfonso Reyes, que desempeñaba hasta ahora el cargo de Ministro en Francia. Esta distinción a Reyes ha sido muy bien recibida por sus numerosísimos admiradores en uno y otro continente.

OMEGA.

GLOSARIO DE REVISTAS

Hacia el teatro puro

El sutil crítico francés M. Benjamín Crémieux, en un artículo reciente, ha estudiado con excepcional finura de visión el problema del teatro actual. En suma, dice, lo que ahora interesa es ver si el teatro se aparta definitivamente del arte literario. «Será preciso decir adiós al teatro como género literario, dejarlo morir a su gusto, como se han dejado morir, faltos de alimento y de razones para sobrevivir, tantos otros géneros literarios, el poema épico, por ejemplo».

Más adelante agrega: «En estos últimos años, sólo la «gente de teatro», y no la mejor, ha osado sostener la teoría del necesario divorcio de la literatura y el teatro. Pero como esto se hacía en provecho de un teatro comercial, sin alma y sin contenido, la opinión media de las gentes cultivadas, que recordaban que la mitad de la «gran literatura» de todos los tiempos y de todos los países está compuesta de obras dramáticas, era que el teatro

atravesaba sólo una crisis, una fase de eclipse, falta de escritores dramáticos dignos de tal nombre. Pero hoy día no es lo mismo. Este divorcio del teatro y de la literatura se ve preconizado a la vez por un Jacques Copeau y por un Gaston Baty, que no tienen por lo demás dos ideas comunes, pues el uno propone un retorno momentáneo a la improvisación, al movimiento puramente escénico de la «comedia dell'arte», mientras el segundo ve la salud en la vuelta a una concepción católica, ecuménica del teatro, donde todas las artes se unirían en favor del espectáculo».

En todo esto, aduce luego Crémieux, parece haberse perdido de vista que los dos fundamentos del teatro de todos los tiempos han sido la *acción* y la *expresión*. Atendiendo al robustecimiento de estos dos principios basales podrá iniciarse la reconstrucción del teatro. Al analizar las causas del actual descaecimiento del teatro, el crítico señala la reforma que el siglo XIX intro-

dujo en los métodos teatrales. Todo el siglo fué una tentativa para diluir o suprimir la acción y aminorar o desprestigiar la expresión, haciendo entrar al teatro elementos solicitados a otras técnicas que, en lugar de enriquecerlo, lo empobrecieron y bastardearon. De todo este proceso vemos actualmente las consecuencias. Los principios esenciales del teatro, la acción y la expresión, se han visto suplantados por la representación y el espectáculo.

«Esta victoria del elemento espectacular —agrega Crémieux— sobre el elemento activo, fué tan completa, que para remediar la inconsistencia del teatro, tal como se manifestó al comienzo del siglo XX, nadie pensó en volver a la tradicional alianza acción-expresión. Para regenerarlo, se inyectó en el teatro una enorme dosis de espectáculo: cinema, music-hall, circo, bailes, y se terminó por proclamar el imperialismo del *metéur-en-scène*».

Este teatro-representación tiene para el comentador un defecto considerable: su actualidad. Es un arte efímero, que se alimenta del suceso del día y que, por lo tanto, envejece con el día mismo. Si el espectador deja de reconocerse en ese espejo que se le ofrece, vuelve la espalda al espectáculo y pierde su interés por él. Pero no todo es anonadamiento en el teatro actual. Algunas piezas

ofrecen todavía la acción y la expresión que forman la médula del gran teatro y anuncian acaso un cambio de frente. M. Crémieux cita, para apoyar su aserto, unas cuantas obras de jóvenes escritores franceses. En ellas, o por lo menos en algunos actos de ellas, vuelven a tener la primera importancia el antiguo lema acción-expresión que forma lo que el crítico llama *teatro puro*.

Al finalizar su penetrante estudio, M. Crémieux dice: «La disociación de la personalidad, la dispersión del yo a fuerza de introspección, el anonadamiento del individuo a fuerza de sinceridad, la constante mirada sobre los sentimientos que los inmovilizan y suprimen toda continuidad en el sér, Proust y Pirandello, lo trágico de la conciencia, todo esto debe ser superado. Es preciso re-crear al hombre, volverle a dar el sentido de sí mismo y, si no de su unidad, por lo menos de su individualidad; para ello es necesario establecer un humanismo de acción, mostrar al hombre constreñido por la acción a cogerse en su plenitud y su complejidad, a formularse la síntesis de sí propio, aceptándose o rehusándose tal como la crisis lo revela a su mirada. Esta reconstrucción del hombre, esta readaptación o reacción del hombre sobre el flujo vital que lo arrastra, no parece que las podrá dar la novela,

actualmente muy mal preparada para advertirlas, sometida, por mucho tiempo todavía, al parecer, al yugo de los analistas. El teatro puro podrá llenar este papel. Lejos de huir de los dramas «del vivaz y bello día de hoy» para refugiarse en qué sé yo qué esquematismo, los teatralizará por la acción y por la expresión. Y el teatro podrá llegar a ser el género literario dominante del segundo cuarto del siglo XX, como la novela lo fué para el primero».

Tales son las conclusiones de este bello estudio, en el cual echamos de menos sólo una cosa: la extensión. Si M. Crémieux diera a sus observaciones la amplitud que necesitan, habría dotado a la crítica teatral de un jugoso y original esquema doctrinario que no sería de despreciar.—S.

Una obra inédita de Stendhal

Jean Prévost, joven y destacado intelectual francés, ha divulgado recientemente en «Les nouvelles littéraires» de París la existencia de una obra inédita de Stendhal. Se trata de una especie de esbozo novelesco trazado por Stendhal en 1832 y que se encuentra inconcluso, por lo menos en lo que toca a muchos detalles de forma. M. Henri Debraye, stendhalista de nota, ha publicado esta obra, titulada «Une position sociale»,

a la cual se atribuye una importancia considerable.

En efecto, como nos lo explica muy acertadamente M. Prévost, es visible en este libro, como en otros de Stendhal, la influencia que tuvo en su estilo el Memorial de Santa Elena: «Advertí ya en «Rojo y negro» y advierto mejor aún aquí, en qué grado «El Memorial de Santa Elena» ha transformado, un poco antes y otro poco después de 1830, el estilo de Stendhal: paso desenvuelto, los fines de frases breves e imperiosos, adjetivos un poco gruesos salvados por el vigor del movimiento, todo esto recuerda los más auténticos dictados transcritos por Las Cases. Esta influencia se atenuará más tarde en «Lucien Leuwen» y llegará a ser insensible en «La Cartuja de Parma». En 1832 se encontraba en toda su fuerza, y esta obra dejada en embrión nos muestra que era involuntaria y continua.

«Une position sociale» es un libro que cuenta algunas aventuras diplomáticas que han sido tomadas del natural. En su original abundan algunas abreviaturas destinadas a evitar molestias al autor, si su manuscrito caía en ciertas manos.

«No se puede, pues—escribe M. Prévost,—dudar de que los datos de esta historia son autobiográficos. Los primeros recuerdos diplomáticos de Stendhal, cónsul en Civita-Vecchia

y huésped de Roma, se encuentran aquí, naturalmente. El conde de Saint-Aulaire, embajador de Francia en Roma, ha producido, seguramente sin retoque alguno, el tipo de M. de Vaussay; por lo menos, M. de Saint-Aulaire es en la correspondencia lo que es M. de Vaussay en «Une position sociale»: un marido engañado, paradigma de cortesía. Cuanto a lo que haya podido pasar entre la señora de Saint-Aulaire y Stendhal, nada sabemos, y puede ser que nada haya que saber: sobre la admiración más estética, el novelista novelesco habría podido componer una buena fortuna imaginaria, para matar el aburrimiento de Civita-Vecchia. Y se halla aquí, en este embrión de libro, esta necesidad de distraerse, por complacencia con la cual el autor inventó todas sus fantasías. Llegando a ser como lo fué, más anticlerical aquí que en «Rojo y negro», preciso es convenir que ha quebrado un alto récord.

Hemos dicho que esta novela no fué terminada por Stendhal. Hay más todavía. El editor, M. Debraye, ha tenido que darse el trabajo, no fácil, por cierto, de resolver los criptogramas que debió escribir Stendhal para ocultar a veces el nombre o el título de los personajes. El *Rrst s, d'bassa* es sencillamente «el primer secretario de la Embajada»; *cepoli bonaro car a mero* es la «police Carbonaro a Rome», etc.

M. Jean Prévost termina su breve artículo con las siguientes líneas: «Posiblemente, la mejor comparación es que la novela, así reducida a lo que era esencial para el autor es, para el espectador, un *escenario de la inteligencia*. Creo adivinar que para muchos modernos esta rapidez de invención, este fuego, esta rabia sobre el papel, les darán ocasión de admirar a Stendhal más completamente que las obras acabadas y perfectas».—S.

ADVERTENCIA.—«María Rosa, Flor del Quillen», de Marta Brunet, que iniciamos en este número, terminará en el próximo.

